

2014

LA NEUROSIS OBSESIVA Y SU ARMADURA.
Tesina de Licenciatura.



Universidad del Aconcagua
Facultad de Psicología

**ALUMNA: Marianela Elizabeth,
Vitale Martínez**

**DIRECTOR: Mgter. María del
Carmen Segura**

15/11/2014

TEMA DE LA TESINA:

"La neurosis obsesiva y su armadura"

HOJA DE EVALUACIÓN:

TRIBUNAL

PRESIDENTE:

VOCAL:

VOCAL:

PROFESOR INVITADO: Mgter. María del Carmen Segura

AGRADECIMIENTOS

"Las palabras nunca alcanzan cuando lo que hay que decir desborda el alma..." Julio Cortázar.

Al concluir un período significativo de mi formación de grado, me es placentero manifestar mi gratitud hacia determinadas personas que contribuyeron a este logro que hoy tanto me regocija.

A mi familia... Por haber acompañado este proyecto desde el inicio y de distintas maneras. No solo proporcionándome la solvencia para sostenerlo en el tiempo, sino especialmente por haber creído en mí *siempre*. Por generar seguridad y confianza en mí persona. Por haber deseado las mejores experiencias para mi vida. Por respetar mis elecciones y acompañarlas. Y por transmitirme el valor del esfuerzo, la lucha y la perseverancia.

A mi pareja... Y compañero de vida. Por acompañar y colaborar amorosamente en esta labor. Por escuchar y compartir mis alegrías, mis tristezas y mis temores. Por enseñarme el sabor de la simpleza. Por respetar mi particularidad y amarme de forma incondicional.

A mis amigas y hermanas de la vida... Simplemente por caminar siempre a la par. Por aportar, colaborar y serenarme en momentos de mucha tensión. Por hacerme sonreír y ser parte de todos mis momentos.

De forma muy especial y afectuosa, a mi *Directora de Tesina Mgter. María del Carmen Segura...* Por haber acompañado distintos procesos durante el tiempo de trabajo conjunto, más allá del tiempo de maduración de esta investigación. Por haber compartido de manera desinteresada su conocimiento, experiencia y sus distintos saberes. Por su flexibilidad, comprensión, esfuerzo, dedicación y compromiso.

Y a todas aquellas personas que a lo largo de estos años de formación pasaron por mi vida: amigos, compañeros, profesores, terapeuta, analista, profesionales, instituciones, compañeros de trabajo, autoridades. Los cuales de alguna u otra manera dejaron marcas imperecederas y contribuyeron a formar una identidad profesional y una pasión por la tarea. Gracias...

RESUMEN:

La presente investigación pretende abordar la Neurosis Obsesiva desde una perspectiva psicoanalítica. Tomando como eje las conceptualizaciones de Freud y Lacan, las cuáles serán enriquecidas con el aporte y elaboración de autores contemporáneos que contribuyeron al desarrollo de la temática.

En este contexto, se entiende a la Neurosis Obsesiva como un tipo clínico, que a partir del psicoanálisis introducido por Freud obtuvo características y definiciones consistentes para ser denominada como tal. El síntoma núcleo está constituido por el "aislamiento", a partir del cual se articulan las características restantes. La noción de "aislamiento" es introducida por Freud, y Lacan la considera un punto fundamental de la defensa obsesiva ante cualquier incidencia del deseo del Otro.

Por último se procede a articular el apartado conceptual con el film "Mejor... Imposible".

ABSTRACT:

This research aims to address the obsessive neurosis from a psychoanalytical perspective. It focuses on the concepts of Freud and Lacan which will be enriched with the contribution and development of contemporary writers who have added to the development of this theme.

In this context, obsessive-compulsive neurosis is understood as a clinical type, that from the psychoanalysis introduced by Freud, it obtained characteristics and consistent definitions that enabled it to be called as such.

The core symptom is constituted by the "isolation", from which the remaining features are articulated. The notion of "isolation" is introduced by Freud, and Lacan sees this as a fundamental key of obsessive defense before any incidence of the Other's desire.

Finally, the current concepts are related to the film "As Good as it Gets".

ÍNDICE

TÍTULO.....	1
HOJA DE EVALUACIÓN.....	2
AGRADECIMIENTOS.....	3
RESUMEN-ABSTRACT.....	4
ÍNDICE.....	5

INTRODUCCIÓN

La Neurosis Obsesiva.....	8
---------------------------	---

PRIMERA PARTE. MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO 1

1.1. Perspectiva freudiana de la neurosis obsesiva

1.1.1. La palabra, punto de irrupción de lo reprimido.....	12
1.1.2. El síntoma: medida protectora.....	14
1.1.3. No solo un caso de neurosis obsesiva.....	16
1.1.4. Rasgos Obsesivos.....	17
1.1.5. El tabú de contacto.....	20
1.1.6. Inhibición, Síntoma y Angustia.....	23

1.2. Una perspectiva de la Neurosis Obsesiva según Lacan.

1.2.1. Fortificaciones al estilo Vauban del yo del obsesivo.....	28
1.2.2. El Narcisismo: la jaula del obsesivo.....	30
1.2.3. Mito y obsesión.....	31
1.2.4. El gran libreto obsesivo.....	33

1.2.5. El obsesivo y su deseo.....	34
1.2.6. Del Edipo a la Metáfora Paterna.....	38
1.2.7. El falo, significante absoluto.....	40
1.2.8. La huida del deseo.....	43
1.2.9. La neurosis obsesiva, hacia el final de la obra de Lacan.....	44

1.3. Perspectivas psicoanalíticas de la Neurosis Obsesiva

1.3.1. Narcisismo. Lo imaginario y lo especular del yo del obsesivo.....	47
1.3.2. Pulsión.....	53
1.3.3. El obsesivo y su deseo.....	59
1.3.4. Fantasma.....	66
1.3.5. El amor en la obsesión. Erotomanía.	69
1.3.6. El aislamiento como síntoma fundamental de la N.O.	70
1.3.7. El síntoma obsesivo.....	73

SEGUNDA PARTE. PRAXIS.

CAPÍTULO 2

2.1. Hipótesis de Trabajo.....	79
2.2. Método.....	79
2.3. Procedimiento.....	79

CAPÍTULO 3

Presentación y Análisis

3.1. Presentación.....	81
-------------------------------	----

3.2. Análisis de viñetas seleccionadas.....	82
--	-----------

TERCERA PARTE. CONCLUSIONES.

Conclusiones.....	97
-------------------	----

Referencias Bibliográficas.....	104
---------------------------------	-----

INTRODUCCIÓN

El término obsesión, proviene del latín "*obsessio*", que significa "bloqueo" y se vincula con expresiones como: obsesionado, obsesivo, obseso. A su vez, obseso, procede del latín "*obsessus, obsidere*" que figura "la acción de asediar, sitiar o cercar".

Chamama y Vandermersch (2004), definen en su Diccionario de Psicoanálisis, el término "*obsesión*" como un trastorno psíquico caracterizado por la irrupción en el pensamiento, de un sentimiento o una idea que le aparece al sujeto como un fenómeno morboso. Éste proviene de su propia actividad psíquica, y persiste un tiempo a pesar de su voluntad consciente y de todos sus esfuerzos para librarse de él.

El alienista francés J. Falret fue quien introdujo el término obsesión (a partir del latino *obsidere*, que significa asediar) para destacar hasta qué punto ciertas ideas patológicas asedian la conciencia del paciente. Durante un tiempo se pensó incluso que era una patología de la voluntad, dado que el enfermo no parecía tener la fuerza como para desembarazarse de ella. La obsesión se halla vinculada normalmente a la compulsión, acción que el sujeto se ve obligado a cumplir, aún contra su voluntad.

La Neurosis Obsesiva es un tipo clínico que a partir del psicoanálisis introducido por Freud, tuvo características y definiciones consistentes para ser denominados como tal.

No se trata de considerarla solo como una estructura en cuyo interior se encuentran inhibiciones, compulsiones, síntomas, fantasmas, angustias, acting-out, etc. Sino de presentar una noción de síntoma en cuyo núcleo se ubica el "aislamiento" y a partir de allí articular el tipo clínico.

Tanto Freud como Lacan, destacan el hecho de que la neurosis obsesiva se presenta en la clínica en formas muy variadas. Lo que Lacan denomina, "*la enorme variedad clínica de la estructura obsesiva*". Los obsesivos difieren en el

modo de presentarse y en su fenomenología. En relación a ello, Roberto Mazzuca (1987) advierte que se debe formular un diagnóstico con precisión, y no por aproximación. Diagnosticar una neurosis obsesiva, es distinto de señalar que existen compulsiones, rasgos o conductas obsesivas. Hay rasgos diferenciales de esta estructura, y no son necesariamente rasgos de carácter.

El término "*carácter obsesivo*" que Freud utiliza, no hace referencia a la cuestión del carácter o de la personalidad sino que se trata del carácter en el sentido de *rasgo distintivo*, de peculiaridad, que es lo que hace que llamemos a un síntoma o a una idea, obsesivo. Un rasgo distintivo es el de la *compulsión*.

En *el Seminario 3, "Las Psicosis"*, Lacan hace referencia a la existencia de los tipos clínicos, aseverando su existencia. Y en artículos avanzados como el *Seminario 22, "R.S.I."*, considera que los síntomas particulares, indudablemente, tienen tipos específicos. Diferenciando así la histeria de la obsesión.

La presente investigación se propone abordar la Neurosis Obsesiva, a través de un recorrido por los textos de Freud y Lacan, enriqueciendo sus desarrollos, con los aportes de distintos autores que contribuyeron a la temática. Para lo cual, se hará especial hincapié en el concepto de "*aislamiento*" como síntoma fundamental de la neurosis obsesiva y del cual se desprenden los demás síntomas. Tomando aspectos fundamentales como narcisismo, fantasma, síntoma y deseo. La noción de "*aislamiento*" fue introducida por Freud y Lacan lo considera como un punto fundamental para sostener imaginariamente al Gran Otro sin barrar.

Por último, se va proceder a articular dichos conceptos, con algunas viñetas seleccionadas del film "*Mejor...Imposible*".

PRIMERA PARTE:

MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO 1

1.1. "Una perspectiva freudiana acerca de la Neurosis Obsesiva"

El Dr. Sigmund Freud es quien a partir del psicoanálisis hace un exhaustivo desarrollo de la neurosis obsesiva a través de su obra. Mediante el desarrollo de sus artículos teóricos y las comunicaciones fragmentarias de los historiales clínicos con los que se encuentra, comienza a aislar la neurosis obsesiva de la neurosis histérica y a constituir la como una de las grandes entidades clínicas del psicoanálisis.

Freud determinó la especificidad de la obsesión desde el punto de vista de los *mecanismos* (desplazamiento del afecto en relación a las representaciones, aislamiento, anulación retroactiva), desde el punto de vista de la *vida pulsional* (ambivalencia, fijación a la fase anal y regresión) y por último, desde el punto de *vista tópico* (la relación de tensión entre el yo y un superyó cruel).

1.1.1. La palabra, punto de irrupción de lo reprimido.

En 1986, Freud comienza a afrontar el problema de la etiología diferencial de las neurosis, lo que él llamó "*la elección de la neurosis*". En su trabajo el "Manuscrito K" (Freud, 1896/2001) anexo de la Carta 39, considera que el concepto de compulsión es ya utilizado con exclusividad para la neurosis obsesiva. Y define las obsesiones como "aberraciones patológicas de estados afectivos psíquicos normales". El afecto del que se trata en esta neurosis es el reproche, como consecuencia de una vivencia primaria sexual placentera en exceso. Que recordada a posteriori, da lugar al desprendimiento de displacer, el cual es reprimido junto con el recuerdo. Con posterioridad, luego del reproche, se forma un síntoma contrario en la conciencia: la escrupulosidad de la conciencia moral.

El yo consciente se contrapone a la representación obsesiva como algo ajeno: de esta manera, le deniega creencia con ayuda de la representación

contraria, de la escrupulosidad de la conciencia moral. El estadio de la enfermedad es ocupado por la lucha defensiva del yo contra la representación obsesiva, que crea síntomas nuevos, que son los de la *defensa secundaria*. La representación obsesiva es combatida en el orden lógico, aunque su compulsión no se puede solucionar. Freud distingue entonces la formación de tres clases de síntomas:

1) Los síntomas *primarios* de la defensa: escrupulosidad de la conciencia moral; 2) los síntomas de *compromiso* de la enfermedad: que incluyen las representaciones obsesivas o afectos obsesivos, propiamente dichos y por último, 3) los síntomas *secundarios* de la defensa: obsesión caviladora, obsesión de guardar, dipsomanía, obsesión ceremonial.

En la "Carta 52" (1896/2001a), de la correspondencia con Fliess, define la compulsión como la reproducción de una vivencia sexual que desprende placer no inhibible. Freud sugiere que nuestro mecanismo psíquico se genera por estratificación sucesiva, de manera que de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas se *reordena* según nuevos nexos, es decir, se produce una *retrascrición*. La memoria no preexiste de manera simple, sino múltiple, registrada en distintas variedades de signos.

En este esquema, parte de las percepciones (P) a las que luego se anuda conciencia; continúa con los signos de percepción (Ps) que es la primera trascripción, la que luego se ordenara según nexos causales (inconciencia). Estos se ordenan por simultaneidad. Y por último, toma al sistema *Prc* (preconciencia) que es la tercera trascripción, y la que en verdad nos interesa respecto de la obsesión, ya que está ligada a representaciones-palabra, correspondientes al yo. Desde allí, las investiduras devienen conscientes de acuerdo a ciertas reglas, y por cierto que esta *conciencia-pensar* secundaria es de efecto posterior (*nachträglich*) en el tiempo, anudada a la reanimación de representaciones-palabra, de modo que las neuronas-conciencia serían también neuronas-percepción y carecerían en sí de memoria.

En la "Carta 79" (1897/2001b), Freud va a decir que en la neurosis obsesiva la *representación-palabra*, es el punto por donde irrumpe lo reprimido (más precisamente el recuerdo-palabra) y no en el concepto que de ella depende. Es decir, que en su opinión se trata de un mecanismo de conexiones puramente significantes, lógicas. De allí que las cosas más dispares tiendan a reunirse como representación obsesiva bajo una palabra multívoca. Las representaciones obsesivas utilizan una peculiar *imprecisión de palabra* que le permite este uso múltiple.

1.1.2. El síntoma: medida protectora.

En el texto "Nuevas Puntualizaciones sobre las Neuropsicosis de Defensa" (1896/2002), Freud divide el artículo en tres apartados: histeria, representaciones obsesivas y estados psicóticos. En trabajos anteriores el acento ya estaba puesto en el concepto de "defensa" o "represión", mientras que en este texto examina de cerca aquello contra lo cual se hace operar la defensa. Habla entonces de *representaciones obsesivas* y analiza los *mecanismos* obsesivos, como anticipo de lo que posteriormente da a conocer a través del historial clínico del "Hombre de las Ratas". Los cuales tienen que ver con alusiones a la concepción de las representaciones obsesivas como autoreproches, síntomas como fracaso de la defensa y un "retorno de lo reprimido". En este momento de su teoría, entiende los síntomas como *formaciones de compromiso* entre las fuerzas reprimidas y las represoras.

Como lo venía sosteniendo en textos anteriores Freud advierte una vez más, a propósito de las representaciones obsesivas, que al igual que en la histeria tienen por premisa una vivencia sexual infantil, pero de otra naturaleza. La etiología de las dos Neuropsicosis de defensa presenta nexo con la etiología de las dos neurosis simples (o sea, las "neurosis actuales"), la neurastenia y la neurosis de angustia. Estas dos son efectos inmediatos de las noxas sexuales mismas; y las dos neurosis de defensa son consecuencias

mediatas de influjos nocivos sexuales que sobrevinieron antes del ingreso en la madurez sexual, es decir, consecuencias de las huellas mnémicas psíquicas de estas noxas.

La naturaleza de la neurosis obsesiva se puede expresar a través de la siguiente fórmula: las *representaciones obsesivas* son siempre *reproches mudados*, que retornan de la *represión* {desalojo} y están referidos a una acción de la *infancia*, una acción *sexual* realizada con placer.

Se puede describir de la siguiente manera, la trayectoria típica de la neurosis obsesiva. Un primer período -de la inmoralidad infantil-, donde acontecen los sucesos que contienen el germen de la neurosis posterior. En la temprana infancia, las vivencias de seducción sexual que luego posibilitan la represión; y las acciones de agresión sexual contra el otro sexo, que a posteriori aparecen bajo la forma de acciones-reproche.

Este período culmina con el ingreso en la maduración sexual. El recuerdo de las acciones placenteras se anuda a un reproche, y el nexa con la vivencia inicial de pasividad posibilita reprimir ese reproche y sustituirlo por un *síntoma defensivo primario*. El tercer período comienza con síntomas como escrúpulos de la conciencia moral, desconfianza de sí mismo, período de la salud aparente, pero en realidad, de la defensa lograda.

Con estos síntomas de compromiso, que reflejan el retorno de lo reprimido, y con él, un fracaso de la defensa originariamente lograda, la neurosis obsesiva forma una serie de otros síntomas de origen diverso. El yo procura defenderse de aquellos retoños del recuerdo inicialmente reprimido, y en esta lucha defensiva crea unos síntomas que se agrupan bajo el título "*defensa secundaria*".

Estos síntomas constituyen "*medidas protectoras*" para combatir las representaciones y afectos obsesivos. Si *efectivamente* consiguen volver a reprimir los síntomas del retorno [de lo reprimido] impuestos al yo, la compulsión se transfiere sobre las medidas protectoras mismas y forma una tercera formación de la "neurosis obsesiva": las *acciones obsesivas*. Las cuales

nunca son primarias, nunca contienen algo diverso de una defensa, el análisis demuestra que en todos los casos se esclarecen plenamente reconduciéndolas al recuerdo obsesivo que ellas combaten.

1.1.3. No sólo un caso de neurosis obsesiva.

La definición que Freud aporta de las representaciones obsesivas en 1896, la cual admite que son "reproches mudados, que retornan de la represión (esfuerzo de desalojo), referidos siempre a una acción de la infancia, acción sexual realizada con placer", le resulta formalmente objetable cuando en el texto "*A propósito de un caso de neurosis obsesiva*" (1909/1990) toma como modelo a los propios enfermos obsesivos y considera que sería más adecuado hablar de un "pensar obsesivo". Destacando que los productos obsesivos, pueden tener el valor de los más variados actos psíquicos. Definidos como deseos, tentaciones, impulsos, reflexiones, dudas, mandamientos y prohibiciones. Los enfermos se esfuerzan por suavizar tales definiciones y designar como "representación obsesiva" el contenido despojado de su índice de afecto.

En la lucha defensiva secundaria, se producen formaciones que merecen una denominación particular. No son argumentos estrictamente racionales los que se contraponen a los pensamientos obsesivos, sino unos mixtos entre ambas formas de pensamiento: hacen suyas ciertas premisas de lo obsesivo a lo cual combaten y se sitúan (con los recursos de la razón) en el terreno del pensar patológico. Dichas formaciones reciben el nombre de "*delirios*".

La diferenciación entre lucha defensiva primaria y secundaria se ve limitada por el discernimiento de que *los enfermos no tienen noticia de sus propias representaciones obsesivas*.

La "representación obsesiva" lleva en su desfiguración respecto del texto original, las huellas de la lucha defensiva primaria. Su desfiguración la hace

viable, pues el pensar consciente se ve obligado a tropezar respecto de ella en un malentendido, como sucede con el contenido del sueño. El malentendido del pensar consciente se puede demostrar además de las ideas obsesivas, en los productos de la lucha defensiva secundaria.

1.1.4. Rasgos Obsesivos.

Freud advierte que las características que observa, no son exclusivas de la individualidad del "Hombre de las Ratas", sino que por el contrario las reencuentra en otros obsesivos de forma típica.

Discierne por ejemplo, la *superstición*, que explica a partir del carácter psicológico de la neurosis obsesiva. Donde la represión {esfuerzo de desalojo} no se produce por amnesia, sino por la rasgadura de conexiones causales a consecuencia de sustraerse el afecto. A estos vínculos reprimidos, parece restarles una cierta virtud admonitoria, de suerte que son introducidos en el mundo exterior por el camino de la proyección, y allí testimonian lo interceptado en lo psíquico.

Otra necesidad común a los obsesivos, es la *incertidumbre* en la vida, o la *duda*. Dicha producción es uno de los métodos de la neurosis para sacar al enfermo de la *realidad* y aislarlo del mundo, tendencia de toda perturbación psiconeurótica. La predilección de dichos enfermos por la incertidumbre y la duda, es motivo para adherir sus pensamientos a aquellos temas en que la incertidumbre de los hombres es universal, en donde nuestro saber o nuestro juicio permanece expuesto a la duda. Estos temas son: la filiación paterna, la duración de la vida, la vida después de la muerte, y la memoria.

En el historial clínico del Hombre de las Ratas, advertimos la *omnipotencia*, por él aseverada, de sus pensamientos y sentimientos. Como así también de su amor y odio.

El enfermo obsesivo, está compelido a sobrestimar el afecto que sus sentimientos hostiles producen sobre el mundo exterior, porque un fragmento importante del efecto psíquico interior de esos sentimientos escapa a su noticia consciente. Su amor y su odio también, son realmente hiperpotentes, crean esos pensamientos obsesivos cuyo origen él no comprende y de los cuales se defiende sin éxito.

El "Hombre de las ratas", al igual que la mayoría de los obsesivos, tenía una relación particular con el asunto de la muerte. Ya que necesitan de esta posibilidad (muerte) para solucionar los conflictos que dejan sin resolver. El carácter esencial es su incapacidad para decidirse, sobre todo en asuntos de amor; procuran posponer toda decisión. En cada conflicto vital, acechan la muerte de una persona significativa para ellos.

En el caso del "Hombre de las ratas", es innegable que a lo largo de toda su vida hubo en él una querrela entre amor y odio, con respecto a su amada y su padre. Esta conducta de amor y odio, como la que observó Freud en este paciente, es uno de los caracteres más frecuentes, declarados y más sustantivos de la neurosis obsesiva.

Si un amor intenso, advierte Freud, se contrapone, ligándolo, a un odio de fuerza casi pareja, la consecuencia inmediata debe ser una parálisis parcial de la voluntad, una incapacidad para decidir en todas las acciones en que el amor deba ser el motivo pulsionante. Esta indecisión pronto se extiende a otras acciones, no se limita a un grupo. Forma parte del carácter psicológico de la neurosis obsesiva el hacer uso del mecanismo de *desplazamiento*. De este modo, la parálisis de la decisión se difunde poco a poco por todo el accionar del sujeto.

Esto esclarece el predominio de la *compulsión* y la *duda*. Esta última, tiene que ver con la percepción interna de la irresolución que se apodera del enfermo a raíz de todos sus actos deliberados, como consecuencia de la inhibición del amor por el odio. Es una duda en cuanto al amor, que debería ser lo más cierto subjetivamente.

La *compulsión*, es un ensayo de compensar la duda y rectificar el estado de inhibición de que ésta testimonia. Si se ha logrado, desplazamiento mediante, resolver los designios inhibidos, es fuerza que este se ejecute. Ya no será el originario, pero la energía acumulada allí no renunciará a la oportunidad de hallar su descarga en la acción sustitutiva. Se manifiesta entonces en mandamientos y prohibiciones.

Mediante una especie de *regresión*, actos preparatorios reemplazan a la resolución definitiva, el pensar sustituye a la acción, y en lugar de la acción sustitutiva, se impone con violencia algún estadio que corresponde al pensamiento previo de la acción. Estas acciones, solo son posibles por haberse producido dentro de ellas, en formaciones de compromiso, una suerte de reconciliación entre los dos impulsos que se combaten mutuamente.

Otro suceso casi regular en el historial de los obsesivos, es la emergencia temprana y la represión prematura de la pulsión sexual de ver y de saber.

Compulsivos se vuelven aquellos procesos del pensar que (como consecuencia de la inhibición de los opuestos en el extremo motor de los sistemas del pensar) se emprenden con un gasto de energía que de ordinario solo es destinada al actuar, es decir, *unos pensamientos que regresivamente tienen que subrogar a acciones*.

En el texto "*La predisposición a la neurosis obsesiva*" (1913/1991), Freud aborda dos problemas fundamentales. En primer lugar, la "elección de la neurosis" (se refiere únicamente a las psiconeurosis), que ya deja pesquisar en textos anteriores; y en segundo lugar el tema de las "organizaciones" pregenitales de la libido, concepto que aparece por primera vez en este texto. Si bien ya se había dado cuenta de la existencia de pulsiones parciales no genitales, lo novedoso con respecto a esto último, es la idea de que en el desarrollo sexual hay fases regulares en que una u otra de las pulsiones parciales domina el cuadro íntegro.

En este texto, solo se atiende a una de esas fases, la *anal-sádica*, que desde la perspectiva freudiana, es aquella que tiene mayor relevancia en la neurosis obsesiva. El orden de exposición de las sucesivas fases de la organización temprana de la pulsión sexual es la siguiente: fase autoerótica, fase narcisística, fase oral, fase anal-sádica y por último, la fase fálica.

Dado que aún no está instituido el primado de las zonas genitales, las pulsiones parciales que dominan esta organización pregenital son: las *anal-eróticas* y las *sádicas*.

El odio y el erotismo anal desempeñan un papel asombroso en la sintomatología de la obsesión. Esto se deduce toda vez que sean las pulsiones parciales las que subroguen las pulsiones genitales.

1.1.5. El tabú de contacto.

En el texto "*Tótem y Tabú*" (1913/1988), Freud compara algunas concordancias entre la vida anímica de los salvajes y los neuróticos (la "psicología de los pueblos naturales" con la psicología del neurótico). Y hace referencia, para tal fin, a los pobladores primordiales del continente más joven, que es Australia.

Repara en las concordancias que existen entre las *prohibiciones obsesivas* (en los neuróticos) y el tabú. Ya que ambas surgen sin motivo aparente y son de origen enigmático. Surgieron en algún momento y es preciso observarlas debido a una angustia irrefrenable.

Al igual que en el tabú, la prohibición rectora y nuclear de la neurosis obsesiva es la del contacto; por eso se la designa como angustia de contacto, "*délire de toucher*". La prohibición no implica sólo el contacto corporal directo, sino el "entrar en contacto". Todo lo que lleve al pensamiento hasta lo prohibido, lo que provoque un contacto de pensamiento, está tan prohibido como el contacto corporal directo.

Se puede discernir el propósito de una parte de las prohibiciones. Pero otra en cambio resulta inconcebible, ridícula, sin sentido. Se llama a estos mandamientos "ceremoniales" que también se observan en los usos del tabú. El desplazamiento caracteriza estas prohibiciones obsesivas; se propagan de un objeto a otro y vuelven "imposible" este objeto también. Los obsesivos actúan como si las personas y las cosas "imposibles" fueran portadoras de una infección peligrosa, pronta a contagiar (por vía del contacto) a todo lo que esté próximo.

Estas prohibiciones conllevan una renuncia y unas restricciones para la vida, una parte de ellas pueden ser canceladas mediante la ejecución de ciertas acciones que es forzoso que acontezcan. Poseen el carácter obsesivo (compulsivo) *-acciones obsesivas-* y revisten la naturaleza de penitencias, expiaciones, medidas defensivas y purificaciones. La más frecuente de estas acciones es lavarse las manos (compulsión de lavarse). Una parte de las prohibiciones-tabú puede sustituirse así y ser compensada su violación por medio de un ceremonial de esa índole; siendo el recurso privilegiado la lustración con agua.

En forma de síntesis, los síntomas de la neurosis obsesiva son: 1) *el carácter inmotivado de los mandamientos*; 2) *su reafirmación por constreñimiento interno*; 3) *su desplazabilidad, y el peligro de contagio por lo prohibido*, y 4) *la causación de acciones ceremoniales, mandamientos que provienen de prohibiciones*.

Al comparar Freud estas prohibiciones obsesivas con el tabú, advierte que los pueblos tienen hacia ellas una *actitud ambivalente*. En lo inconsciente nada les gustaría más que violarlas, pero al mismo tiempo temen hacerlo, justamente porque les gustaría y el miedo es más intenso que el placer. Ya que éste último, es inconsciente en cada individuo del pueblo, del mismo modo que en el neurótico.

El neurótico obsesivo se caracteriza por la *"omnipotencia de los pensamientos"*, que es la técnica del modo de pensar animista, mágica que

Freud observa en los pueblos primitivos. Todos los obsesivos son supersticiosos, incluso contrariando su mejor intelección.

Continuando con la comparación de Tótem y Tabú, Freud afirma que el psicoanálisis ha revelado que el animal totémico es realmente el sustituto del padre. Implica entonces la identificación con el animal totémico y la actitud ambivalente hacia él. Si el animal totémico es el padre, los dos preceptos-tabú principales del totemismo, el de no matar al tótem y no utilizar sexualmente a ninguna mujer que le pertenezca, coinciden con los crímenes del Edipo, quien mató a su padre y tomó por mujer a su madre, y con los dos deseos primordiales del niño, cuya represión fallida o nuevo despertar constituye tal vez el núcleo de las psiconeurosis. El sistema totemista, resultó de las condiciones del complejo de Edipo.

Freud conjuga en el texto la traducción que da el psicoanálisis del tótem con el banquete totémico y la hipótesis darwiniana del estado primordial de la sociedad humana (horda primitiva). Tenemos entonces la presencia de un padre violento, celoso, que se reserva todas las hembras para él y expulsa a los hijos varones cuando crecen. Un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, poniendo fin a la horda paterna. Aliados, lograron lo que de forma individual no hubieran alcanzado. El padre violento de la horda primordial, era el arquetipo envidiado y temido por cada uno de los hermanos. Y en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, se apropiaban de su fuerza. Y el banquete totémico, sería la repetición y celebración de dicha osadía; que dio origen a las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión.

El grupo de hermanos estaba gobernado, respecto del padre, por los sentimientos contradictorios que también se pueden observar como contenido de la ambivalencia del complejo paterno en los niños y en los neuróticos. Odiaban a ese padre, al mismo tiempo que lo amaban y admiraban. Tras eliminarlo, se abrieron paso las mociones tiernas avasalladas. Aconteció en la forma del arrepentimiento, surgiendo así una conciencia de culpa. El muerto se volvió más fuerte de lo que era aún en vida, y lo que antes impedía con su

existencia, ellos mismos se lo prohibieron en la situación psíquica (*nachträglich*). Revocaron su hazaña declarando no permitida la muerte del sustituto paterno, el tótem, y renunciaron a sus frutos denegándose a las mujeres liberadas. Desde la conciencia de culpa del hijo varón crearon los dos tabúes fundamentales del totemismo, los cuales coincidieron justamente con los dos deseos reprimidos del complejo de Edipo.

Un proceso como la eliminación del padre primordial no podía menos que dejar marcas imperecederas en la historia de la humanidad y procurarse expresión de formaciones sustitutivas numerosas.

En el complejo de Edipo se enlazan los comienzos de la religión, la eticidad, la sociedad y el arte, en conformidad con la comprobación del psicoanálisis de que este complejo constituye el núcleo de todas las neurosis, a partir de un único punto concreto que es la relación con el padre. Del mismo modo, en varias oportunidades se puede pesquisar en la raíz de importantes formaciones culturales la ambivalencia de sentimientos, es decir, la coincidencia de amor y odio en el mismo objeto. La cual es adquirida en el complejo paterno.

1.1.6. Inhibición, Síntoma y Angustia.

En su texto "*Inhibición, síntoma y angustia*" (1926/1990b) Freud distingue síntoma de inhibición, intentando deslindar ambos conceptos. El término "*inhibición*" tiene un nexo más particular con la función y no necesariamente tiene que ver con algo patológico. Mientras que al "*síntoma*", lo considera el indicio de un proceso que puede ser patológico. Una inhibición puede también llegar a ser un síntoma.

Como la inhibición está ligada directamente a la función, Freud indaga la relación con distintas funciones del yo a fin de dar cuenta de las exteriorizaciones de la perturbación como consecuencia de las afecciones

neuróticas. Estas son: la función sexual; la alimentación; la locomoción y el trabajo profesional.

Es importante desarrollar la *función sexual* que sufren diversas perturbaciones, de las cuales la mayoría presenta el carácter de inhibición. Las mismas son sintetizadas como impotencia psíquica. La realización de la operación sexual normal requiere un decurso muy sofisticado y la perturbación puede intervenir en cualquier punto de él. En el caso que se analice en la articulación práctica, aparece la falta de preparación física (ausencia de erección).

Esto hace pensar en la conexión que existe entre la inhibición y la angustia. Ya que muchas inhibiciones responden a que su ejecución, implica el desarrollo de la angustia.

El concepto de inhibición, implica una *limitación funcional del yo*, que a su vez puede tener diversas causas. En el caso de la neurosis obsesiva, las inhibiciones se producen al servicio de la autopunición. El yo no se permite hacer esas cosas porque le proporcionarían provecho y éxito, que el "*superyó*" le ha denegado. El yo renuncia a estas operaciones *a fin de no entrar en conflicto con el superyó*.

Las inhibiciones son limitaciones de las funciones yoicas. Mientras que el síntoma, no se puede describir como un proceso que sucede dentro del yo o que le suceda al yo. El síntoma es indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada, resultado del proceso represivo. La configuración del síntoma en la neurosis obsesiva, adquiere un valor elevado para el yo, porque le ofrece una satisfacción narcisista de la que estaba privado. Estas formaciones alagan su amor propio con el espejismo de que ellos, como unos hombres puros o escrupulosos, son mejores que otros.

Los síntomas de la neurosis obsesiva son de dos tipos y de tendencia contrapuesta. O bien toman la forma de prohibiciones, medidas precautorias o penitencias de naturaleza negativa, o son satisfacciones sustitutivas, con disfraz simbólico. Cuando la enfermedad se prolonga prevalecen las

satisfacciones que burlan la defensa. El enfermo consigue agregar al significado originario de sus síntomas, el de su opuesto directo. Un testimonio de esto lo constituye la ambivalencia. El síntoma es de dos tiempos: a la acción que ejecuta cierto precepto le sigue una segunda, que lo cancela o lo deshace.

En los síntomas obsesivos observamos por un lado la lucha continuada contra lo reprimido, en perjuicio de las fuerzas represoras; y por otro lado la participación del yo y del superyó en la formación de síntoma.

La situación inicial de la obsesión no es otra que la de la histeria, la defensa contra las exigencias libidinosas del complejo de Edipo. Empero, la configuración ulterior es alterada por un factor constitucional. La organización genital de la libido resulta ser endeble y poco resistente, y cuando el yo da inicio a sus intentos defensivos, el primer éxito que se propone es rechazar la organización genital (fase fálica) hacia el estadio anterior, sádico-anal. Esta regresión es determinante para todo lo que sigue.

La regresión es el primer éxito del yo en la lucha defensiva contra la exigencia de la libido. Es necesario hacer una distinción entre la tendencia general a la "defensa" y la "represión" que es sólo uno de los mecanismos de los que se vale la defensa. En la neurosis obsesiva se discierne con claridad que el complejo de castración es el motor de la defensa, y que recae sobre las aspiraciones del complejo de Edipo. El comienzo del período de latencia, se caracteriza por el sepultamiento del complejo de Edipo, la creación del superyó y la erección de las barreras éticas y estéticas en el interior del yo. Estos procesos rebasan la medida normal en la neurosis obsesiva. A la destrucción del complejo de Edipo se le agrega la degradación regresiva de la libido. Un *superyó* que se vuelve especialmente severo y desamorado y un yo que, desarrolla en el acatamiento al superyó, elevadas formaciones reactivas de la conciencia moral, la compasión y la limpieza. Se forma un superyó severísimo. Éste proviene del ello, no puede sustraerse de la regresión y la desmezcla de pulsiones sobrevenidas. Con una severidad despiadada, se proscribe la tentación a continuar con el onanismo de la primera infancia, que se apuntala

ahora en representaciones regresivas (sádico-anales), a pesar de lo cual sigue representando la participación no sujeta de la organización fálica.

Podemos admitir como otro mecanismo de defensa, junto con la regresión y la represión, las formaciones reactivas que se producen en el yo del neurótico obsesivo.

Freud observa dos actividades del yo en la formación de síntoma. Estas dos técnicas tienen que ver con: *anular lo acontecido* {*Ungeschehenachen*} y el *aislarlo* {*Isolieren*}.

El *ungeschehenachen*, es lo que se denomina *anulación reactiva*; y tiene que ver con el "hacer desaparecer" no las consecuencias de un suceso (impresión, vivencia), sino a éste mismo. En la neurosis obsesiva, se observa este mecanismo en los síntomas de dos tiempos, donde el segundo cancela al primero como si nada hubiera ocurrido, cuando en la realidad efectiva, ambos acontecieron. Este ceremonial de la obsesión, tiene otra raíz en el propósito de anular lo acontecido. Por un lado prevenir, tomar recaudos para que no acontezca (no se repita) algo determinado. Y por el otro, las medidas precautorias son acordes a la *ratio*, mientras que las cancelaciones mediante anulación de lo acontecido son desacordes a la *ratio* {*irracional*}, de naturaleza mágica.

El *aislamiento* incurre sobre la esfera motriz, y resulta que tras un suceso desagradable, como tras una actividad significativa realizada por el propio sujeto en el sentido de la neurosis, se intercala una pausa. En ella no se permite que nada acontezca, no se realiza ninguna percepción y no se ejecuta acción alguna. Esta conducta está conectada con la represión. Sabemos que en la neurosis obsesiva la vivencia no es olvidada, pero se la despoja de su afecto. Sus vínculos asociativos son sofocados o suspendidos, de manera que permanece ahí como aislada y ni se la reproduce en el circuito de la actividad de pensamiento. El efecto de ese aislamiento es el mismo que sobreviene a raíz de la represión con amnesia. Y es esta técnica la que reproducen los aislamientos de la neurosis obsesiva, reforzándola por vía motriz con un

propósito mágico. Se mantiene separado algo que asociativamente se copertenece; y el aislamiento motriz está destinado a garantizar la suspensión de ese nexo en el pensamiento.

En tanto procura impedir asociaciones, conexiones de pensamientos, el yo del obsesivo obedece a uno de los más antiguos y fundamentales mandamientos de la neurosis obsesiva, el tabú del *contacto*. El aislamiento es una cancelación de la posibilidad de contacto, un recurso para sustraer a una cosa del mundo de todo contacto. Cuando el neurótico aísla una impresión o una actividad mediante una pausa, nos da a entender de forma simbólica que no quiere permitir que determinados pensamientos entren en contacto asociativo con otros.

1.2. "Una perspectiva de la neurosis obsesiva según Lacan"

Así como Freud toma al síntoma obsesivo como una formación de compromiso surgida como defensa contra representaciones inconciliables traumáticas para el sujeto, habla luego de una regresión a la etapa sádico-anal ante el peligro de la castración. Lacan no relaciona la angustia con lo pulsional acosador, sino con la pérdida de la garantía del Gran Otro.

Lacan considera que el neurótico obsesivo arma sus estrategias alrededor del aval de la consistencia de este Gran Otro, colocando el encuentro traumático con éste en el primer plano. Se aleja de la causa de los síntomas en la fijación anal. La particularidad del fantasma anal lo ubica en colocar el Otro en el plano de la demanda. La oblatividad, los regalos, las dudas, las postergaciones, el aburrimiento, el trabajo forzado, son el resultado de haber degradado el deseo a la demanda.

Para el Dr. Lacan el goce perdido en la vida cotidiana se traslada al aislamiento donde el goce escópico (autocontemplación de sus proezas imaginarias) le permite no sentirse castrado y tener un Gran Otro sin barrar. Lacan insiste que esta especie de panóptico da consistencia al obsesivo, ya que como observador desde el palco (fuera de escena) logra un punto casi incastrable, con un goce escópico imaginariamente totalizante. Alejado del deseo del Gran Otro, evita que aparezca algún deseo.

1.2.1. Fortificaciones al estilo Vauban del yo del obsesivo.

Entre los primeros aportes que concibe Lacan sobre la neurosis obsesiva, cabe mencionar el texto "*La Agresividad en Psicoanálisis*" (1948/2003), que es un informe teórico presentado en el XI Congreso de los Psicoanalistas de Lengua Francesa, reunidos en Bruselas. En el mismo, Lacan desarrolla conceptos relacionados con el campo de lo imaginario, el estadio del espejo y el narcisismo. Planteando distintas tesis referidas a la agresividad.

Las intenciones agresivas del sujeto en el análisis, representan la transferencia imaginaria sobre la persona del analista, de una de las *imago*s más arcaicas, que por efecto de la represión se han excluido del control del yo tal función y tal segmento corporal.

Este mecanismo se manifiesta de modo simple en la histeria: por ejemplo, en el caso de una paciente atacada por astasia-afacia. La *imago* subyacente era la de su padre, por lo que fue suficiente mostrarle que le había faltado el apoyo de éste, para que se curara de sus síntomas.

"Estos nudos son más difíciles de romper, es sabido, en la neurosis obsesiva", Lacan (1948/2003, p.101). Considera que la neurosis obsesiva es una estructura caracterizada por "camuflar, desplazar, negar, dividir" y disminuir las intenciones agresivas comparándolas metafóricamente a las "fortificaciones al estilo Vauban".

Afirma que la agresividad se relaciona con una identificación narcisista que constituye el yo del sujeto.

El texto *"El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica"* (1949/2003a), fue una conferencia presentada en el XVI Congreso Internacional de Psicoanálisis en Zurich. Donde Lacan plantea nuevamente la concepción del Estadio del Espejo, formulada varios años antes, a la luz de la función del yo [je] aportado por la experiencia psicoanalítica.

Vuelve a referirse a la histeria al decir que, el cuerpo fragmentado se muestra en los sueños, cuando la moción del análisis toca cierto nivel de desintegración agresiva del individuo. Esto se manifiesta en las líneas de fragilización que definen la anatomía fantásica, en los síntomas de escisión esquizoide o de espasmo, típica de esta estructura.

En la neurosis obsesiva considera que, conjuntamente con la formación del yo, se presentifica en el sujeto una lucha entre la búsqueda empeñada de ese "castillo interior" y simultáneamente la armadura, donde surgiendo de los

síntomas del sujeto se observan los mecanismos de inversión, aislamiento, anulación, desplazamiento.

Instaura en las *defensas del yo* un orden, que sitúa la represión histérica y sus retornos en un estadio más arcaico que la inversión obsesiva y sus procesos aislantes, como previos a la enajenación paranoica que data del viraje del yo [je] especular al yo [je] social.

1.2.2. El Narcisismo: la jaula del obsesivo.

Lacan menciona en su artículo "*Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*" (1953/2003b) varios conceptos vinculados a la neurosis obsesiva. Este artículo es un informe del "Congreso de Roma" celebrado en el Instituto de Psicología de la Universidad de Roma, en donde Lacan hace referencia a la técnica psicoanalítica y al empleo de la palabra. Afirmando que el psicoanálisis tiene un *médium*, y es la palabra del paciente.

Según Lacan, se transmite una técnica que, tomando el giro de un formalismo llevado al ceremonial, uno puede preguntarse si no cae bajo el mismo paralelismo con la neurosis obsesiva, a través de la cual Freud apuntó al uso de los ritos religiosos. Opone en el marco de esta experiencia, la intersubjetividad obsesiva a la intersubjetividad histérica.

Menciona en este artículo, los laberintos de la "*Zwangsneurose*", refiriéndose a la neurosis obsesiva, y se introduce de lleno en esta estructura, a través del análisis que realiza del caso del "*Hombre de las Ratas*", según la estructura del *Mito individual*.

Lacan advierte que "*el obsesivo arrastra en la jaula de su narcisismo los objetos en que su pregunta se repercute en la coartada multiplicada de figuras mortales y, domesticando su alta voltereta, dirige su homenaje ambiguo hacia el palco donde tiene él mismo su lugar, el del amo que no puede verse*". Lacan (1953/2003b, p.292).

En ese desdoblamiento, uno se identifica al espectáculo, y el otro se hace ver por el Gran Otro. El sujeto de la obsesión, se reconoce en el espectador invisible de la escena, a quien le une la mediación de la muerte.

Hay en el obsesivo, un marcado *sentimiento del trabajo*. La nota de trabajo forzado envuelve al sujeto aún en los momentos de ocio. Este aspecto se sostiene por su relación subjetiva con el amo en cuanto que lo que espera es que el Otro le dé la más alta evaluación.

Pero a la vez, el obsesivo expone una de las actitudes que no desarrolló Hegel en su dialéctica del amo y el esclavo. El esclavo se ha evadido ante el peligro de la muerte, donde se le ofrecía la ocasión del dominio en una lucha por puro prestigio. Dado que sabe que es mortal, sabe también que el amo puede morir. Y desde entonces puede aceptar trabajar para el amo y renunciar al gozo mientras tanto y espera en la incertidumbre del momento en que se producirá la muerte del amo. Este es el motivo intersubjetivo de la duda y la procrastinación, rasgos característicos del obsesivo.

Sin embargo su trabajo se realiza bajo la defensa de esta intención, y se hace doblemente enajenante. No solo la obra del sujeto le es quitada por otro, lo cual es la relación constituyente de todo trabajo, sino también el reconocimiento por el sujeto de la propia esencia en su obra, donde ese trabajo halla su razón. Por eso el obsesivo "*no está en ello*", está en el momento anticipado de la muerte del amo. Vivirá en espera de ella identificándose a él como muerto, por lo cual él mismo está ya muerto en su deseo.

1.2.3. Mito y obsesión.

En el texto "*El mito individual del neurótico*" de (1953/1985), Lacan entiende el psicoanálisis como un *arte*, en el sentido que preserva un vínculo fundamental con la medida de hombre. Preserva esa relación de medida del

hombre consigo mismo: relación interna, cerrada sobre sí misma, inagotable, cíclica, que entraña el uso de la palabra. A ello se debe que existe en el seno de la experiencia analítica algo que es un *mito*. Lo define como aquello que le da una forma discursiva a algo que no puede ser transmitido en el concepto de verdad. La palabra solo puede expresar "la verdad", de modo mítico. Por eso, aquello en lo que la teoría analítica concretiza la relación intersubjetiva, es el complejo de Edipo, que tiene valor de mito y es el que está en el corazón de la experiencia analítica. Lo cual nos permite comprender que la teoría analítica esta subtendida por el conflicto fundamental que, a través de la rivalidad con el padre, liga al sujeto con un valor simbólico esencial.

Tal como ya lo había introducido en *Función y Campo de la palabra y el lenguaje*, Lacan trabaja en este texto el "*Hombre de las ratas*".

Se trata de una neurosis obsesiva, que toma su nombre de un fantasma que tiene la función de desencadenamiento en la crisis de este sujeto. El relato de un suplicio es lo que lleva al sujeto a un estado de horror fascinado, provocando la angustia.

Un componente importante en el mito familiar tiene que ver con una deuda adquirida por el padre en el curso de su carrera militar y la deuda que él adquiere al pedir unos anteojos contra reembolso. En realidad se trata de la deuda simbólica imposible de pagar.

El conflicto *mujer rica/mujer pobre* se reproduce en la vida del sujeto en forma similar a la del padre, desencadenando la neurosis propiamente dicha.

El sujeto se ve luego sumido en una *angustia máxima*, perseguido por un conflicto típicamente obsesivo. Este argumento fantasmático se presenta como un drama, que es justamente la manifestación de lo que Lacan llama mito individual del neurótico.

1.2.4. El gran libreto obsesivo.

En (1957/2003c) Lacan presenta "*El Psicoanálisis y su enseñanza*". Comunicación realizada a la Sociedad Francesa de Filosofía en la sesión del 23 de Febrero del mencionado año.

En este texto, Lacan afirma que tanto la neurosis histérica como la neurosis obsesiva, suponen en su estructura los términos sobre los cuales el sujeto no puede acceder a la noción sobre su sexo, y sobre su existencia, respectivamente. Siendo esta última, la pregunta del obsesivo que, al enfrentarla, se enfrenta también a la muerte.

Es a la muerte a quien trata de engañar con mil astucias, y el yo del sujeto entra en juego como soporte de las hazañas que le aseguran el triunfo de sus astucias.

La astucia es la que retiene al sujeto y lo saca fuera del combate. Lo hace estar siempre en otro lugar que aquel donde se corre riesgo, dejando en el lugar solo una sombra de sí mismo. Anula de antemano la pérdida y la ganancia, abdicando en primer lugar el deseo que está en juego.

El goce del que queda privado es transferido al otro imaginario que lo asume como goce de un espectáculo. El que ofrece el sujeto en la jaula, donde prosigue la proeza de los ejercicios de alta escuela con las que prueba estar vivo.

Es del otro imaginario del que la muerte toma el semblante y se reduce al Otro real. De esta manera, responde a la pregunta por la existencia.

En este mismo texto dirá que, la solución se busca en el Otro (Autre), un lugar esencial en la estructura de lo simbólico.

Ese Otro, es el aval de la buena fe necesariamente evocada, ya que se trata del pacto de la palabra.

En "*La dirección de la cura y los principios de su poder*" (1958/2001), que constituye el Primer Informe del Coloquio Internacional de Royaumont, Lacan considera las vicisitudes del análisis y las concentra en la figura del analista. Retomando el análisis del caso del Hombre de las ratas, Lacan

comunica que, es cayendo sobre el pacto que presidió al matrimonio de sus padres, lo que sucedió mucho antes de su nacimiento, como Freud vuelve a encontrar las condiciones mezcladas. Habla así del honor salvado en el límite, de traición sentimental, de compromiso social y de deuda prescrita. Esto constituye el "*gran libretto obsesivo*" que llevó al sujeto a ir hacia él. Parece ser la calca criptográfica y viene a motivar los callejones sin salida donde se extravía su vida moral y su deseo.

1.2.5. El obsesivo y su deseo.

En el texto "*El obsesivo y su deseo*" (1958/2004c), Lacan afirma que el obsesivo ha de constituirse frente a su deseo evanescente. A partir de la fórmula "*el deseo es el deseo del Otro*". Lacan intenta indicar porque su deseo es evanescente. Busca la razón en una dificultad fundamental en su relación con el Otro, en tanto que éste es el lugar donde el significante ordena el deseo.

El Otro en cuanto lugar de la palabra, en tanto que es a él a quien se dirige la demanda, será también el lugar donde se ha de descubrir el deseo con su formulación posible.

En la neurosis obsesiva el acceso al deseo depende del Otro.

La confirmación del lugar que tienen los fantasmas sádicos, ocupa el primer plano en la investigación analítica de los obsesivos. Las variadas tentativas del sujeto para reequilibrarse ponen de manifiesto cual es el objetivo de su tentativa de equilibrio: conseguir reconocerse con respecto a su deseo.

Lacan afirma en este texto que, cuando vemos a un obsesivo "en bruto o en estado de naturaleza", nos habla de toda clase de impedimentos, de inhibiciones, de obstáculos, temores, dudas, prohibiciones. Se sabe también que no será ese momento cuando nos hable de su vida fantasmática, excepto por las intervenciones terapéuticas que se puedan realizar o sus tentativas de

solución, de salida, de elaboración de su dificultad propiamente obsesiva. De esta manera nos hará saber la invasión de su vida psíquica por fantasmas. Los cuales pueden en algunos sujetos adquirir una forma realmente invasiva, absorbente, cautivante, que puede devorar gran parte de su vida psíquica, de sus vivencias, y ocupaciones mentales.

Estos fantasmas se califican de sádicos, y plantean un enigma al advertir en ellos una organización de las relaciones del sujeto con el Otro. Sin embargo tienen la característica en el obsesivo de permanecer en el estado de fantasmas. Sólo son realizados de forma excepcional y sus realizaciones son para el sujeto, decepcionantes. Se observa en este caso el funcionamiento de la relación del sujeto obsesivo con el deseo. A medida que intenta acercarse al objeto, su deseo se amortigua, hasta extinguirse y desaparecer.

Por otro lado, hay que destacar aquello que se manifiesta de la forma más aparente en los síntomas del obsesivo: las exigencias del superyó.

El obsesivo siempre está pidiendo permiso, hecho que se observa en lo concreto de lo que dice en sus síntomas; y esto ocurre en el nivel de la demanda. Pedir permiso es tener una relación determinada con la propia demanda de uno. La dialéctica con el Otro –en tanto que habla- es puesta en cuestión, incluso en peligro, al emplearse en restituir a ese Otro, ponerlo en la más extrema dependencia con respecto a él. Es esto lo que nos indica hasta qué punto al obsesivo le resulta esencial mantener este lugar.

Sin embargo, Lacan afirma que no es en el plano de la demanda donde se plantea el problema de las relaciones con el Otro. El problema surge en estos términos, cuando imaginamos a un niño impotente frente a su madre, como un objeto a merced de alguien. Pero como este sujeto se encuentra en una relación con el Otro que hemos definido por la palabra, más allá de toda respuesta del Otro (porque la palabra crea este más allá de su respuesta), hay un punto virtual. Al cual no es posible acceder, de no ser a través del análisis. Lo que precisa la noción de *Versaung* es una situación del sujeto respecto de la demanda. Cuando se habla de estadios o relaciones con el objeto y lo

calificamos de oral, anal, incluso genital, hablamos de cierto tipo de relación que estructura la *Unwelt* del sujeto en torno a una función central y define su relación con el mundo a lo largo del desarrollo.

El obsesivo, como la histérica, tiene necesidad de un deseo insatisfecho, o sea, de un deseo más allá de la demanda. *"El obsesivo resuelve la cuestión de la evanescencia de su deseo produciendo un deseo prohibido. Se lo hace sostener al Otro, precisamente mediante la prohibición del Otro"*. Lacan (1958/2004c, p. 423).

El modo en que el obsesivo logra el deseo, es complejo. Ya que lo muestra y a la vez lo oculta. Lo camufla porque sus intenciones no son claras. Esto es lo que se designa como la agresividad del obsesivo. Toda ocasión de emergencia de su deseo sería motivo de proyección o de temor de venganza que inhibiría sus manifestaciones.

La relación con el otro se ve arrastrada hacia un deslizamiento que tiende a reducir el deseo a la demanda. El deseo es lo surge en la hiancia que la palabra abre en la demanda. Está por lo tanto más allá de toda demanda concreta, todo intento de reducir el deseo a algo cuya satisfacción se demanda, se encuentra con una contradicción interna. El acceso a la oblatividad se considera como el reconocimiento del deseo del otro en cuanto tal.

La oblatividad, entendida de esta forma moralizante, es un fantasma típicamente obsesivo. La ilusión, el fantasma que está al alcance del obsesivo, es que al fin y al cabo el Otro consienta a su deseo.

Lacan habla acerca de la hazaña del obsesivo. Afirma que es necesario que haya al menos tres, porque uno sólo no lleva a cabo la hazaña. Hacen falta por lo menos dos para ganar un desafío y alguien además que registre y sea el testimonio. Y lo que trata de obtener el obsesivo en la hazaña es el permiso del Otro.

El obsesivo en relación a los efectos del superyó, se infringe toda clase de tareas duras, agotadoras y lo consigue, tanto que es lo que él cree que desea hacer. Y por eso, tiene luego derecho a unas pequeñas vacaciones. De ahí la dialéctica del trabajo y las vacaciones. En el obsesivo, el trabajo es algo muy eficaz y está hecho para liberar el tiempo de las vacaciones. Motivo por el cual, éstas se verán más o menos desperdiciadas. Porque de lo que se trata es de obtener el permiso del Otro. Pero el otro -el que existe- no tiene nada que ver con esta dialéctica, porque está demasiado ocupado con su propio Otro, y no tiene razón para cumplir la misión de concederle a la hazaña del obsesivo su pequeña corona, o lo que sería la realización de su deseo.

"(...) En la hazaña el sujeto domina, doma, incluso domestica una angustia fundamental". Lacan (1958/2004c, p. 427). Pero lo esencial no está en la pericia, en el riesgo que se corre. Hay que distinguir todo lo que el obsesivo arriesga en su hazaña de cualquier cosa parecida al peligro de muerte de la dialéctica hegeliana.

"(...) La muerte, quiero decir aquello en lo que se encuentra el verdadero peligro, no reside en el adversario a quien él parece desafiar sino ciertamente en otra parte. Está precisamente en aquel testigo invisible, aquel Otro que está ahí como espectador, el que cuenta los tantos...". Lacan (1958/2004c, p. 427). El otro con que el obsesivo juega, es siempre un otro que es en definitiva él mismo y que le cede el triunfo, de cualquier manera.

El que es fundamental es el Otro ante quien todo esto sucede. Es éste a quien hay que preservar a toda costa, el lugar donde se registra la hazaña. Lo que el obsesivo quiere mantener es este Otro, en el que las cosas se articulan en términos de significante.

1.2.6. Del Edipo a la Metáfora Paterna.

Lacan desarrolla en *El Seminario, libro 5, "Las Formaciones del Inconsciente"* (1958/2004), un tema que define como de estructura, al referirse a la Metáfora Paterna. Y afirma que ésta, tiene que ver básicamente con la función paterna, la cual está en el centro de la cuestión del Edipo.

El Edipo tiene una función esencial de normalización, no solo en la estructura moral del sujeto, sino en la asunción de su sexo. Para Lacan, el Edipo es estructurante y estructural. El sujeto al nacer, cae a una estructura donde hay un lugar vacío. La cual conlleva implícitamente una falla, es decir, es descompletada.

La estructura está representada por un triángulo simbólico, en el sentido de que se instituye en lo real a partir del momento en que hay cadena significativa. En la estructura hay lugares o posiciones, que son ocupados por personajes (padre-madre-hijo). Y están determinados en función del *falo*.

Lacan distingue tres tiempos lógicos (no cronológicos) de la constitución del falo en el plano imaginario como objeto privilegiado y prevalente:

Primer tiempo. Aparece la madre y el niño, ubicados en función del falo. Es lo que Lacan denomina "ternario imaginario". Aquí el pequeño se propone, en cuanto deseo de deseo, satisfacer el deseo de su madre. Ser o no ser el objeto que su madre desea. Busca ser el falo imaginario que obtura el deseo materno, determinando su completud.

La relación del niño con la madre es, en este primer tiempo, dual, narcisista, imaginaria, el Otro (A) le da al niño una idea de completud. Es una relación especular porque el hijo recibe a la manera de espejo aquello que la madre le devuelve. Y es asimétrica, porque la madre impone una ley omnímoda. Lacan afirma que el niño aparece en este momento, como *súbdito*, en el sentido que se encuentra totalmente sometido al deseo de la madre.

El niño como deseo de la madre omnipotente, aparece como no barrado.

En este tiempo, donde el niño es el falo imaginario que completa a la madre, se produce la expansión del narcisismo, lo que contribuye a la ilusión de completud y perfección.

La instancia paterna está velada, no manifestándose en este primer tiempo.

Segundo tiempo. Aparece el padre como *privador*, con un doble sentido: por un lado, priva a la madre del objeto fálico ("No reintegrarás tu producto") y por el otro, priva al niño del objeto de su deseo ("No te acostarás con tu madre"). El padre se afirma en su función privadora, como soporte de la ley, ya no de forma velada, sino a través de la madre, que es quien realmente lo establece como quien dicta la ley. La madre también puede velar la entrada de la autoridad de la ley del NP (Nombre de Padre) produciendo el estrago materno.

Los personajes en juego en este segundo tiempo son: la Madre, el Padre y el Hijo. El padre aparece como interdictor, surge en el discurso de la madre e interviene en algo que le hace ver al hijo y a la madre que ese hijo no es todo para ella. Es el padre terrible que prohíbe y separa, es quien dicta ahora la ley para el pequeño.

La ley omnímoda del primer tiempo, está representada ahora por la función paterna. Pero sigue siendo absoluta, prohíbe pero no posibilita. Se produce un "colapso narcisista", ya que el sujeto se da cuenta de que no es todo para el Otro, sino que ese Otro desea otras cosas. La madre desea al padre, y aparece de este modo como deseante, desapareciendo como fálica.

Tercer tiempo. Se produce en esta etapa la declinación del Edipo y para ello es necesario que lo que el padre prometió, lo mantenga. Ya no es el falo, sino el que lo *tiene* y por ello lo puede perder. A partir de este momento el falo circula.

La salida del complejo de Edipo es favorable si la identificación del hijo varón con el padre se produce, mientras que la hija mujer se identifica con el

padre, lo deja y vuelve a la madre. Esta identificación va a permitir que se constituya el Ideal del Yo. Se inscribe en el triángulo simbólico donde está el niño, mientras que en el polo donde se halla la madre, se empieza a constituir lo que será luego realidad (pre-edípico) y del lado del padre, lo que será el Superyó (post-edípico).

Lacan ubica el más allá del mito del Edipo en la Metáfora Paterna. Reduce la función paterna a un operador de estructura que como tal es un significante.

$$\begin{array}{cc} \underline{\text{NP}} & \underline{\text{DM}} \\ \text{DM} & \text{X} \end{array} = \left[\begin{array}{c} \underline{\mathcal{A}} \\ \text{-phi} \end{array} \right]$$

En la Metáfora Paterna se produce la sustitución del DM por el NP.

La significación fálica que constituye la segunda parte de la metáfora paterna, posibilita que el NP permita que ese goce desconocido, ese vacío enigmático tenga una significación (x). El NP encarna un límite, una pérdida de goce, que al atravesar el significante materno (DM) hace surgir el deseo del sujeto. O sea, inscribe la castración simbólica:

$$\left[\begin{array}{c} \underline{\mathcal{A}} \\ \text{-phi} \end{array} \right]$$

El NP nomina particularmente a cada hijo, pero esto no tiene que ver con el padre real, sino con la función ordenadora. Como autoridad de la ley, le da un nombre que lo particulariza y lo diferencia, introduciéndolo en el campo del reconocimiento lo hace surgir en el intervalo entre significantes.

Alguna de las consecuencias de la significación fálica, son: la elección de un tipo sexual, la instauración de la ley de "no todo es posible", o sea, la operativización de la caída del objeto *a*.

La MP es una operación oscura, particular y propia para cada sujeto.

1.2.7. El falo, significante absoluto.

Lacan incluye paulatinamente en sus desarrollos, la problemática fálica. En "El Obsesivo y su Deseo" (1958/2004c), afirma: "*Su relación con la vida resulta estar simbolizada mediante aquel señuelo que arranca de las formas de la vida, el significante del falo. (...) El falo es el vértice, el punto de equilibrio. Es el significante por excelencia de la relación del hombre con el significado, y por esta razón se encuentra en una posición privilegiada*". Lacan (1958/2004c, p. 414)

En "El Seminario, libro 8, La Transferencia" (1961/2003d), diferencia el falo como presencia real, del falo imaginario que el obsesivo instrumenta como equivalente, exponiendo el valor de defensa de su deseo ante la discontinuidad propia de la satisfacción fálica, en tanto remite su detumescencia.

Conceptualiza el *falo como significante absoluto*, símbolo de la presencia real del deseo en tanto sexual (contra el goce que había introducido el significante fálico) del que el obsesivo hará uso defensivo como función generalizada que da significación a todos los objetos, pero en forma degradada, en forma consciente.

Lacan propone en este Seminario, la siguiente fórmula, como la fórmula del fantasma del obsesivo: " $\mathcal{A} \wedge \phi (a, a', a'', a''', \dots)$ " (1961/2003d, p. 287), para dar cuenta de algunos aspectos que caracterizan a dicha estructura. El segundo término del fantasma sugiere qué son los objetos para este sujeto, en tanto *objetos de deseo*, colocados en función de ciertas equivalencias eróticas, que indica al hablar de la erotización de su mundo, particularmente de su mundo intelectual.

Esta puesta en función se escribe phi (ϕ), y es esto lo que subyace a la equivalencia instaurada entre los objetos en el plano erótico. Es la unidad de medida a la que el sujeto acomoda la función *a* minúscula, o sea, la función de los objetos de su deseo.

Lacan plantea la interesante pregunta de *¿Por qué Freud llama Rattenman, al Hombre de las Ratas, en plural?*, si en su fantasma sólo hay una, y es la que aparece en el suplicio turco. Si hablamos del Hombre de las Ratas en plural, es porque la rata persiste su corrida bajo una forma que se multiplica en los intercambios singulares, de aquellas *sustituciones*, de la metonimia permanente cuyo ejemplo encarnado es la sintomatología del obsesivo.

La fórmula que presenta este paciente del pago de los honorarios en su análisis *-Tantas ratas, tantos florines-* ilustra la equivalencia permanente de todos los objetos atrapados en lo que representa una especie de mercado de los objetos en los síntomas. Constituye una especie de unidad común, de patrón-oro. La rata simboliza, ocupa el lugar de \emptyset , como una reducción de ϕ , representa la degradación de este significante.

El significante fálico (ϕ), representa la función del falo en su generalidad, para todos los sujetos parlantes, y se percibe su función en el inconsciente, a partir del punto que nos da la sintomatología de la obsesión, donde esta función emerge en formas degradadas, según Lacan.

Emerge en el plano de lo consciente, según lo que nos demuestra la experiencia en la estructura del obsesivo. La puesta en función fálica no está reprimida, oculta. El phi (\emptyset) que está en posición de puesta en función de todos los objetos, es perceptible, manifiesta en el síntoma-consciente, visible. *Consciente, conscius*, da cuenta de la posibilidad de complicidad del sujeto consigo mismo, en consecuencia una complicidad también con el Otro que lo observa. A través de éste el obsesivo colma la falta en el Otro, la satura con su imagen fálica –con su imagen narcisista o con la serie de objetos que operan como equivalentes fálicos- para colmar la castración en el Otro. En el Seminario, *La Transferencia*, Lacan ya lo vincula con la función de la conciencia, la conciencia del fantasma oblativo del obsesivo (la imagen que ofrece al otro para colmarlo) que se constituye como control fálico de los objetos. Este modo obsesivo de suturar la división subjetiva, sostenida en un yo fuerte y el fantasma panóptico, es lo que le permite mantener la ilusión de

que puede controlar todo y evitar las sorpresas desagradables, que estarían fuera de su cálculo. Lo que sería equivalente a la expresión que utiliza Lacan "engañar a la muerte" con mil astucias.

1.2.8. La huida del deseo.

En el "Seminario 10, La Angustia" (1963), Lacan afirma que la angustia yace en la relación fundamental donde el sujeto se encuentra con el deseo del Otro. En todo advenimiento del objeto "a" como tal, la angustia se presenta en función de su relación con el deseo del Otro. Y se cuestiona cuál es su relación con el deseo del sujeto. La cual debe estar situada teniendo en cuenta que "a" no es el objeto del deseo, sino su causa.

Lacan confirma la última hipótesis de Freud respecto de que el síntoma obsesivo tiene una función de defensa, un deseo-defensa, defendiéndose de otro deseo. Anulando el deseo del Otro anula su deseo.

Lacan estrecha el interés por la función de la causa, observable en el campo del síntoma, donde esta dimensión se manifiesta. Y para dar cuenta de ello, parte del síntoma obsesivo, porque permite entrar en la localización de la función del objeto "a", en tanto que revela funcionar en los primeros datos del síntoma en la dimensión de la causa.

El obsesivo presenta, bajo la forma patognomónica de su posición, la obsesión o compulsión articulada o no para él a una motivación en su lenguaje interior: "haz esto o aquello, ve a verificar que la puerta, canilla o lo que fuese este cerrada". Este síntoma implica que de no continuarlo, despierta la angustia. Y esto es lo que indica el nivel más favorable para enlazar la posición de "a", tanto con los aspectos de angustia como con los del deseo.

El objeto *a* es la causa, la causa del deseo. Y Lacan habla del campo escópico del deseo. Define al objeto "a" como el resto de la constitución del

sujeto en el lugar del Otro en tanto que tiene que constituirse como sujeto hablante, sujeto tachado, S.

Lacan muestra en este seminario, un desarrollo del movimiento del deseo obsesivo y esquematiza el recorrido del deseo según las cinco modalidades del objeto: oral, anal, fálico, escópico y el invocante. Coloca el punto de partida en lo que puede leerse como deseo o goce del Otro. Destacando el valor defensivo que otorga a esta neurosis. Afirma que aquí debe emerger, con una forma pura, lo que está en todos los pisos, el deseo en el Otro.

Ubica el encuentro traumático con el deseo del Otro en el punto de partida. Se aleja así del planteo clásico según el cual el origen de los síntomas está en la fijación anal.

La prevalencia del campo anal según Lacan, que se confirma en la neurosis obsesiva, si bien implica una primera solución en el circuito del deseo, es un paso secundario respecto del verdadero punto de angustia.

El sujeto apela a uno u otro fantasma desde el punto de vista de la defensa ante la angustia, siendo éstos las variantes de solución al deseo. Si fracasa retorna al punto de angustia, utilizando entonces otros niveles para ir construyendo la neurosis.

La particularidad del fantasma anal tiene que ver con permitir al sujeto situar al Otro en el nivel de la demanda. Las dudas, la postergación, son el resultado de haber degradado el deseo a la demanda.

1.2.9. La neurosis obsesiva, hacia el final de la obra de Lacan.

En "*El Seminario, libro 17, El Reverso del Psicoanálisis*" (1970/1992), Lacan introduce bajo esta nominación, el discurso del amo. El cual tiene su contrapunto en el discurso analítico.

Y hace un desarrollo extenso para introducir la idea de que el *amo está castrado*. Al preguntarse ¿qué lugar tiene en un análisis la referencia al complejo de Edipo?, afirma que es algo inservible, excepto porque recuerda el valor de obstáculo de la madre para toda investidura de un objeto como causa del deseo.

Edifica un A que encierra un goce, llamado Dios, con quien vale la pena jugarse a todo o nada, llamado *superyó*. El superyó es lo que Lacan introduce cuando afirma que la vida provisional que se apuesta por una posibilidad de vida eterna, sólo es válido si el A no está tachado, si es todo de una pieza. Pero esto no es posible porque el padre combinado no existe, existe el padre por un lado y la madre por otro, y a su vez el sujeto tampoco existe, porque también está dividido.

Freud, en una de las últimas Conferencias sobre el psicoanálisis, expresa que la base de la religión no es otra que el padre al que el niño recurre en su infancia sabiendo que es todo amor, que le abre el camino y se adelanta a cualquier malestar que pueda experimentar. Todo lleva a la idea del asesinato, que el padre original es aquel a quien los hijos han matado, tras lo cual emerge cierto orden, el amor al padre muerto. Cabe destacar que cuando se entra en el campo del discurso del amo, *el padre esta castrado desde el origen*.

En "*El Seminario 23, El Sinthome*" (1975/2006), Lacan enfatiza la relación íntima que tiene la neurosis obsesiva con el campo de lo escópico. Y para ello define a la pulsión como "*el eco en el cuerpo del hecho que hay un decir*", Lacan (1975/2006, p. 18). Y afirma que, "*para que resuene este decir, para que consuene, (...) es necesario que el cuerpo sea sensible a ello. De hecho lo es. Es que el cuerpo tiene algunos orificios, entre los cuales el más importante es la oreja, porque no puede taponarse, clausurarse, cerrarse. Por esta vía responde en el cuerpo lo que he llamado la voz*". Lacan (1975/2006, p. 18).

Afirma sin embargo que no está sola la oreja, y que la mirada compite notablemente con ella.

Lacan expresa que el sujeto se presenta como puede, como un cuerpo. Y tiene este cuerpo un poder tan cautivante que habría que envidiar a los ciegos hasta cierto punto. Llama la atención que la forma no revele más que la burbuja, ya que es algo que se infla. El obsesivo es el que más lo sufre, dice Lacan, porque es como la rana que quiere volverse tan grande como el buey. Resulta realmente muy difícil, apartar al obsesivo del dominio de la mirada.

El obsesivo privilegia la dimensión escópica, produciendo una singular nominación imaginaria que opera como cuarto redondel de cuerda, su *sinthome*, que mantiene unidos a los tres registros al costo del aislamiento, la petrificación y la mortificación que lo caracterizan en su rigidez.

Uno de los puntos más originales de la teoría de Lacan, es el modo en que ha formulado la relación del obsesivo con el campo de lo escópico. Se destaca siempre la importancia de la conciencia escópica en el equilibrio obsesivo, lo que llamamos "la armadura obsesiva". Ya aparece como antecedente de este asunto, la identificación del obsesivo con el amo -"que no puede verse"- que lo observa desde el palco, a quien dirige sus hazañas. Lo cual es congruente con el llamado "goce del espectáculo", así como con la caracterización del yo obsesivo como un "yo fuerte", a partir de las comparaciones con las fortificaciones al estilo Vauban.

Ya en el *Seminario 10, La angustia* (1963) Lacan hace alusión a la importancia que tiene su imagen para el otro, hasta el punto de considerar que si su imagen le faltara al otro, éste no tendría de donde tomarse. El mantenimiento de esta imagen lo lleva a construir una distancia respecto de sí mismo, que es bastante difícil de reducir en un análisis.

1.3. *Perspectivas psicoanalíticas de la Neurosis Obsesiva.*

Este apartado tiene como objetivo, enriquecer los aportes realizados por Freud y Lacan, a la luz de autores contemporáneos que contribuyeron al entendimiento de la neurosis obsesiva. De modo de articular los distintos conceptos que se establecieron en los párrafos anteriores.

1.3.1. *Narcisismo. Lo imaginario y lo especular del yo del obsesivo.*

En el texto "*La Agresividad en Psicoanálisis*" (1948/2003), Lacan describe la intención agresiva en la obsesión como la característica propia de la situación narcisística según su frágil e ilusoria unidad total. Afirma que ese clima de agresividad, de tensión agresiva potencial siempre en suspenso, rumiada, camuflada, no se atribuye al deseo o a una moción pulsional en sí, sino a la unidad total narcisística, a la defensa como conjunto cerrado. Y compara metafóricamente las intenciones agresivas del sujeto, con las "fortificaciones al estilo Vauban".

Las fortificaciones son edificaciones militares destinadas a servir como defensa en contextos bélicos. Sébastien Le Preste, Señor de Vauban y posteriormente Marqués de Vauban, fue un arquitecto militar francés que rediseñó los edificios de dicha ciudad, para fines defensivos. Este arquitecto, llamado comúnmente Vauban, fortificó los campos haciendo las torres en estrella y los parapetos en zig-zag. Los parapetos, constituyen barreras, paredes, formadas con bolsas de arena y/o piedras para defenderse del enemigo en los combates.

Lacan utiliza esta expresión, para dar cuenta de la sintomatología del pensamiento obsesivo. El cual se define por su relación con el yo, teorizado como "*unidad imaginaria corporal completa*". Afirma en esta etapa de su enseñanza, que sí hay agresividad vinculada al estatuto del yo en la obsesión, y destaca su función de borde cerrado.

Un año después, en el texto *"El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica"* (1949/2003a), Lacan reconsidera el narcisismo, con su teoría del yo en el estadio del espejo, captando una característica de la obsesión en ese plano, a nivel del yo. Pero resulta necesario precisar en qué Lacan notaba que se podía ver cierta singularidad del fenómeno narcisístico en la obsesión. Y es a través de las metáforas que extrae de la clínica vinculada a que el sujeto se define como dentro de un campo fortificado, o dentro de una burbuja, de un sarcófago, de una nube, etc. Contenido en algo que metaforiza, según Lacan, al *"yo cerrado"* del obsesivo. Esta cuestión tiene que ver con el funcionamiento del yo con relación al deseo, según un conjunto cerrado que lo excluye. No se refiere a la dimensión libidinal narcisista, sino a la importancia crucial de que ese borde que unifica, se mantenga sin fisuras. Ese es, según Lacan, el rasgo del yo del obsesivo.

El sujeto se encuentra dentro de eso que lo rodea de forma perfectamente cerrada (descrita incluso como la rigidez del propio cuerpo) y no realiza sus propios deseos porque los objetos están fuera del espacio. El sujeto debería romper por algún lado ese borde cerrado para ir rumbo a lo deseado. Si no puede hacerlo, queda imaginario desde adentro qué podría ser realizar ese deseo. O puede extender el recinto para que el objeto quede contenido. El recinto está situado por Lacan como el yo del narcisismo, pero en su valor de conjunto cerrado, de lógica acabada respecto de lo que está adentro y de lo que está afuera.

Es esta la descripción del yo fuerte del obsesivo. Pero cabe destacar que lo *"fortificado"* es la lógica de conjunto cerrado, para la que se advierte contradicción con las aperturas del deseo.

El objeto que no se puede alcanzar desde el narcisismo porque le es siempre otra cosa afuera, es descrito como una suerte de objeto imaginario que tiene el otro y no puede alcanzar porque está identificado narcisísticamente con ese otro. Esa lógica de Lacan del *"o yo o el otro"*, es lo

que será elaborado como objeto *a* en su propia extimidad, irreductible al Uno-
 Todo, como conjunto cerrado.

En estos primeros desarrollos encontramos la descripción del empuje de un deseo enigmático, la defensa como borde cerrado, del que Lacan pensaba que tenía una dimensión profundamente imaginaria, narcisística, no real, y un objeto irrealizable en el ámbito de ese todo.

El término de "conjunto cerrado" remite a lo que es la idea vinculada al narcisismo, y éste es algo que se infla. Ya que el estilo Vauban puede ir desde la imagen de si en el espejo hasta la del Universo. Para la obsesión no hay un peso puesto en la pasión narcisística por la cualidad de la imagen, sino como pasión lógica por la unidad unitiva del conjunto. El pensamiento, ese incesante insistir de su repetición, uno por uno, va en contra de la unidad unitiva, del Uno-*Todo*. Y su esfuerzo es domeñarlo para que se sostenga el conjunto cerrado en el que siempre pueda reflejarse.

Si el borde amenaza con romperse, y el obsesivo se siente amenazado por varios frentes, hace lo que Lacan ilustraba con el estilo arquitectónico de Vauban: por ejemplo, convierte su círculo cerrado en estrella. Lo que atacaría fuertemente en un punto, se debilita al repartirse en diversos lados, y entonces, el obsesivo que estaba más o menos cómodo en su unidad soñada, se pone como un erizo. El obsesivo racionaliza, disocia, niega, anula, desconecta, conecta falsamente, ritualiza, etc. Y estas actividades son obsesivas sólo porque están destinadas a mantener el conjunto cerrado.

Cualquier pensamiento se obsesiona cuando es puesto al servicio del yo, del conjunto cerrado. Negar, decir no, anular o rectificar, dudar, no necesariamente son características obsesivas, porque pueden hacer referencia a algo real con sus sorpresas. Son obsesiones, siempre que los pensamientos estén destinados a sostener y fundar el yo, el recinto, el conjunto cerrado, el Uno-*Todo*.

Lacan utiliza en el texto "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis" (1953/2003b) una metáfora circense y advierte que "e/

obsesivo arrastra en la jaula de su narcisismo los objetos en que su pregunta se repercute en la coartada multiplicada de figuras mortales y, domesticando su alta voltereta, dirige su homenaje ambiguo hacia el palco donde tiene él mismo su lugar, el del amo que no puede verse". Lacan (1953/2003b, p.292). Metaforiza con estas palabras, algo vinculado a un despliegue del fantasma obsesivo.

El obsesivo despliega la voltereta, pero se desdobra: está en la escena, donde compite con el otro, rivaliza; y a la vez está en el palco junto al Otro que lo considera. Es un modo particular del comportamiento obsesivo que tiene que ver con sus relaciones con el otro, su semejante, su otro imaginario, su rival. Y el Otro es el lugar desde donde se mira.

Un elemento fundamental en los fantasmas obsesivos es la utilización del significante fálico (como Uno fálico) en sus diversas sustituciones. Eso es lo que se practica, y por esto Lacan sitúa al obsesivo en una escena donde ejerce una capacidad de alto riesgo. En la escena del circo, se puede imaginar, dentro de la jaula de su narcisismo, a un obsesivo siempre en una relación con los objetos de deseo que supone prácticas de alta escuela, con bordes de riesgo absoluto. Puede ser por ejemplo un trapecista, un domador o un equilibrista, manejando su cuerpo. Para un obsesivo, si el objeto no tiene la característica de borde, no le es interesante en términos de objeto de deseo. Realizar el ejercicio más trivial, es para él una práctica de alta escuela. En los fantasmas obsesivos puede ser un palo, un arma, una gran capacidad intelectual, etc. Son todas realizaciones donde el sujeto, imagina el empleo de ese significante fálico.

Pero lo obsesivo no está ahí, sino en el borde en que se juega la relación de ese significante fálico como Uno, como absoluto. Debe tratarse entonces de *figuras mortales*, de riesgo a todo o nada, y *multiplicadas*, porque opera en serie y falla siempre para fundar lo absoluto. Lacan veía en esa exigencia una coartada respecto del deseo, una defensa.

Se puede imaginar, una serie de tigres, de leones (porque todos sus objetos se le hacen fieras al obsesivo) que caracteriza el estilo tenso y trabajoso del obsesivo. Porque se trata de probar el borde en el que se fabricaría el Uno-Todo.

El obsesivo viene a saber, que el empleo del significante fálico (como Uno), con la finalidad de anular el deseo del Otro no puede llegar a lo real. Si se lo lleva a lo real, se castra, y se revela ese deseo del Otro más presente que nunca. Y en la descripción de Lacan, es este el punto donde tenemos que leer que domestica su propia alta voltereta, siguiendo con la metáfora circense. Abdica en ese momento del empleo del Uno Fálico hasta lo real, punto importante en su giro hacia otra lógica.

Sin embargo con el Uno no se lo consigue, entonces el obsesivo inventa otra cosa. Renuncia al empleo del Uno, y *se dirige al público*, a un *palco*, para dedicarle lo realizado. Donde podría probar el ejercicio final de ese Uno Fálico, se detiene, se desarma y se dirige un poco antes allí para la obtención de un reconocimiento que no es ninguno concreto. Por eso su homenaje es *ambiguo*, porque lo que busca es un reconocimiento absoluto. En el palco está su yo, el amo que no puede verse, el Padre muerto, la dama idealizada, su conciencia de sí. Todo ha ocurrido en la jaula de su narcisismo, el de la instalación en el Otro que "arrastra" (termino que puntúa el estilo pesado, trabajoso) en cualquiera de sus realizaciones. La dedicatoria al palco no es igual, en términos de goce, que el empleo del Uno para la proeza, aunque ambos estén regidos por el aislamiento. El segundo paso busca una solución sin el Uno fálico.

Juan Carlos Indart, en su texto "La Pirámide Obsesiva" (2001) tomando la alegoría utilizada por un paciente intenta explicar la metáfora de circo utilizada por Lacan, a través de un ejemplo futbolístico. Partido muy difícil, donde los del equipo contrario son como leones. Es la final de un mundial, y el contrincante es Brasil. Son once leones dispuestos a todo, inclusive a las ventajas obtenibles de burlar al Otro de la ley encarnado en el referí. Hay que responder en los bordes de los mismos riesgos. ¿Qué se puede fantasear sino triunfar? Sin embargo, no era el triunfo lo buscado. Tres a tres, con el empate

gana Brasil, falta un minuto, el habilidoso argentino supera todos los obstáculos, y estando solo frente al arquero, domesticando su alta voltereta...su pelota roza un poste mientras dirige su homenaje ambiguo al palco. Y ante el interrogante ¿Por qué no la metiste adentro? Surge el hecho que lo hace para tener al Otro absoluto. Hoy ganamos nosotros, pero mañana ellos. En cambio, con la mirada, busca lo absoluto. Si metía el gol, lo admirarían, pero ahora hasta los brasileños reconocerán su victoria, que está más allá de ganar o perder. Y Lacan nos demuestra que en el palco de la gloria absoluta no hay nadie sino la autoconciencia del propio obsesivo. Todo se realiza desde el "aislamiento".

El sujeto obsesivo es llevado a apuntar a lo que llamamos "la destrucción del Otro". Vive enjaulado queriendo salvar, preservar su deseo, para que no se contamine del Otro. El obstáculo es la propia jaula en la cual está encerrado, único espacio donde se mueve, aún si establece un lazo con el otro. Tal es su posición de "o el deseo o el Otro" que a veces, cuando deja ingresar en su fortaleza al Otro, es al precio de que éste renuncie a su deseo, y ya, cuando lo metió en su trampa, el Otro está muerto.

Esta estructura del obsesivo, evidencia el estilo de hazaña, de proeza, como significante clave de sus realizaciones y el detalle de cómo, en el modo en que imagina o realiza esas proezas.

Cuando hablamos de proezas o hazañas, debemos diferenciar el "Yo Ideal" del "Ideal del Yo".

El Yo Ideal, es del orden del espejo, de la relación con el semejante, tiene que ver con lo imaginario. Mientras que el Ideal del Yo, tiene que ver con el lugar desde donde el sujeto es mirado. Es el desafío al padre o el complacerlo en el despliegue de su propia virilidad, según cuales sean las insignias paternas. Sin embargo el sujeto desconoce cuál es el punto desde donde se mira. La identificación del ideal del yo es del orden de lo simbólico, que se equipara al rasgo unario.

En la neurosis obsesiva, el sujeto tiene un trato muy particular con los pequeños otros, con sus semejantes. Es el juego de la identificación con el otro, la dimensión del riesgo, la agresividad, el triunfo o la derrota, la competencia. El obsesivo está en dos lugares: en el escenario, y en el palco junto a su Ideal del Yo, desde donde se mira y además, observa los movimientos que hace el adversario para herirlo.

1.3.2. Pulsión.

En el texto "*Pulsión y destinos de Pulsión*" (1990/1915), Freud define a la pulsión como "un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior y alcanzan el alma". Tiempo después, la conceptualiza como "la agencia representante psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir (...) uno de los conceptos de deslinde de lo anímico respecto de lo corporal". No distinguía hasta ese momento entre una pulsión y su "agencia representante psíquica". Sin embargo, en los artículos posteriores traza una distinción muy neta entre la pulsión y su representante psíquico.

El concepto freudiano de pulsión (*Trieb*), se halla en el centro de su teoría de la sexualidad. Para él, el rasgo distintivo de la sexualidad humana, en contraposición a la vida sexual de los animales, tiene que ver con el hecho de que ella no es regulada por ningún "instinto" (que implica una relación fija e innata con un objeto), sino por las pulsiones, las cuales son variables y se desarrollan de modos que dependen de la historia del sujeto.

Lacan mantiene esta diferenciación freudiana, y entiende que si el "instinto" designa una necesidad mítica prelingüística, la pulsión se halla sustraída de lo biológico. Ya que no puede satisfacerse y no apunta a un objeto sino que gira en torno a él. Lacan afirma que la meta de la pulsión no es un destino final, sino girar en torno al objeto. La fuente real del goce es el movimiento repetitivo de este circuito.

Lacan plantea en el texto, "El Seminario, libro 11, Los Cuatro Conceptos fundamentales del Psicoanálisis" (1963-1964) dos conceptos primordiales: libido y pulsión. Para ello toma como referencia el texto de Freud "Pulsión y destino de Pulsión" (1915) y realiza la separación entre las pulsiones y el amor, utilizando el término "desmontaje de la pulsión" (Freud define la pulsión como un "montaje" constituido por cuatro elementos: empuje, fin, objeto y fuente).

Distingue la pulsión unificada llamada genital, de las pulsiones parciales. La pulsión genital es el resultado de haber pasado por el Edipo, y se denomina genitalidad. Tiene que ver con la unificación de las pulsiones bajo la forma de la genitalidad. Mientras que las pulsiones parciales están vinculadas a un incremento de la tensión (factor económico). Lacan afirma que la pulsión va depender de las condiciones en que se ejerce la función del principio del placer. La pulsión parcial se manifiesta bajo la forma de displacer, o del incremento de la exigencia de satisfacción. En el abordaje psicoanalítico de las pulsiones, éstas, *siempre son parciales*.

El psicoanálisis tiene como orientación el goce. Freud afirma que la sexualidad en niños, adultos, mujeres, hombres es siempre la misma, porque se trata de pulsiones parciales. La lógica del Psicoanálisis coloca la particularidad de esta sexualidad como pulsión parcial.

Freud distingue en su artículo "*Pulsión y destinos de pulsión*", algunos conceptos vinculados a la pulsión:

La *meta* en todos los casos, es la satisfacción. Freud admite que hay metas variables e invariables. O sea, siempre es la satisfacción, pero ésta se puede mover. Siempre va ser la satisfacción de una pulsión parcial.

El *objeto* que es aquello en y por lo cual puede alcanzarse parcialmente la satisfacción. Este aspecto de la pulsión es el más variable, y puede ser tanto ajeno como del cuerpo propio. La particularidad de la pulsión con el objeto, es el lazo, y se denomina *fijación*.

La *fuerza* es el proceso somático cuyo estímulo es representado en la realidad psíquica. Las pulsiones son todas iguales. La única clasificación es la que se llaman *pulsiones del yo* y *pulsiones sexuales*. Las características de estas últimas, son: que son numerosas, independientes, se reúnen por momentos y lo único que tienen en común es la satisfacción.

El *destino* es la variedad de defensas. Los destinos son: la represión, la sublimación, la transformación en lo contrario.

Lacan cuestiona la equivalencia entre satisfacción parcial de la pulsión y autoerotismo. La satisfacción de las pulsiones parciales nada tiene que ver con el autoerotismo. La boca que se besa a sí misma, no es la satisfacción oral. Cuando en análisis el sujeto se queda callado, es la boca cerrada, flechada. Es ahí, donde se cierra el circuito de la pulsión. No donde se produce el autoerotismo. El circuito de la pulsión se cierra con la presencia de un hueco, de un vacío. El cual puede ser ocupado por cualquier objeto. Lacan rompe con la valoración que tiene que ver con la serie de objetos de la realidad que se acercan al niño, acerca de cómo se relaciona el circuito oral con el anal. Lo que hace pasar la pulsión de lo oral a lo anal, es la demanda. Es la pulsión parcial que debemos considerar como una fuerza que es constante, a partir de una intervención que no pertenece a la pulsión, es la inversión de la demanda del Otro.

El objeto que debe considerarse respecto de la pulsión, se corresponde con una estructura topológica llamada borde, y se articula en términos de tensión.

La letra "a" escribe un objeto, e indica otro modo de goce. Lacan sugiere que hay otro modo de gozar con el lenguaje, cuya lógica difiere bastante de la del Significante Fálico (como Uno Fálico) y sus series. Acerca de su funcionamiento nos deja un esbozo topológico: una ida y vuelta en torno a un objeto no situable en el plano, donde se inscribe un goce. Y para entender como con una lengua se produce un modo de gozar, Lacan considera tener en cuenta que una lengua tiene siempre una propiedad a lo Moebius. Permite

definir un objeto que no tiene interior ni exterior y la realización de su operación satisface en el cuerpo, hace gozar.

Lacan incorpora los cuatro conceptos que Freud vincula con la pulsión, y los relaciona con el "circuito" pulsional, según el cual la pulsión se origina en una zona erógena, gira en torno al objeto y vuelve a la zona erógena.

El circuito está estructurado bajo las tres voces gramaticales: activa (por ejemplo: *ver*); media o reflexiva (por ejemplo: *verse*) y pasiva (por ejemplo: *ser visto*). Lacan dirá que estos términos lingüísticos, son un cascarón; una cosa es la reversión significativa y otra distinta, es lo que envuelve la reversión significativa de estas tres voces. Lo que recubre a la estructura de la pulsión, es el vaivén con que se estructura, no las voces lingüísticas. La pulsión tiene un carácter singular, y sus términos se analizan en función del recorrido.

Desde la perspectiva freudiana, adquiere una prevalencia importante un goce que se reconoce como anal y que es del orden de una pulsión parcial. La fase *anal-sádica* es la que tiene mayor relevancia para la obsesión. Todo pasa a ser una problemática retentiva, expulsiva y que pasa por unas curiosidades visuales, eróticas, con una prevalencia de la mirada. Son dos satisfacciones pulsionales que Freud menciona para la obsesión, aunque la construcción de los rasgos obsesivos los asentó en lo anal.

Según Freud, la organización genital de la libido resulta ser endeble y poco resistente, y cuando el yo inicia su defensa, rechaza la organización genital (fase fálica), y se produce una *regresión* hacia el estadio anterior, sádico-anal.

En la neurosis obsesiva el complejo de castración es el motor de la defensa, y recae sobre las aspiraciones del complejo de Edipo. El comienzo del período de latencia, se caracteriza por el Sepultamiento del complejo de Edipo, la creación del superyó y la erección de las barreras éticas y estéticas en el interior del yo. Estos procesos rebasan la medida normal en la neurosis obsesiva; a la destrucción del complejo de Edipo se agrega la degradación regresiva de la libido. Un *superyó* que se vuelve especialmente severo y

desamorado, y un yo que desarrolla en el acatamiento al superyó, elevadas formaciones reactivas de la conciencia moral, la compasión y la limpieza. Se forma un superyó severísimo. Éste proviene del ello, no puede sustraerse de la regresión y la desmezcla de pulsiones sobrevenida. Con una severidad despiadada, se proscribía la tentación a continuar con el onanismo de la primera infancia, que se apuntala ahora en representaciones regresivas (sádico-anales), a pesar de lo cual sigue representando la participación no sujeta de la organización fálica.

Según Lacan, en la neurosis obsesiva hallamos un predominio de la *pulsión escópica*; cuyo objeto es la mirada, y de la *pulsión invocante*; cuyo objeto es la voz y en esta estructura está representado por el Superyó feroz. Ambas pulsiones tienen que ver con el circuito del Deseo.

Marta Gerez Ambertín, en su libro *"Imperativos del Superyó"*, afirma que el artificio que emplea el obsesivo de la nuliubicidad tiene un tope, un límite y un efecto de rebote, ya que no estar en ningún lado (del deseo) exige el pago de una obediencia incondicional al Otro que se vuelve cada vez más voraz. *"Maquinizarse al costo de someterse al comando insensato del superyó"*, Gerez Ambertín (2003, p. 97).

En la neurosis obsesiva se logra ligar "la prohibición con la satisfacción", que asemeja la prohibición del goce pulsional a la satisfacción pulsional misma que hace del mandato superyoico, el goce mismo. Allí donde se vence la defensa y el obsesivo goza de más al querer huir de ese goce.

Al querer hacer del yo su fortaleza, el obsesivo termina cediendo al asedio pulsional mediante el reforzamiento de la prohibición, y allí toma su revancha el superyó. El sujeto queda a merced de una severidad despiadada donde halla satisfacción el goce sádico hacia el Otro que vuelca contra sí, de manera masoquista, en la vertiente del superyó. Lo que hizo para preservarse de lo reprimido (incesto y parricidio), termina instándolo a formaciones reactivas que, mientras más severas en sus imposiciones, más lo acercan a aquello de lo que quiere escapar. Queda acorralado en el cerco del goce

superyoico que exige más y más renunciaciones y donde se inmiscuye una insólita y solapada satisfacción pulsional.

En *El Seminario 23, El Sinthome* (1975/2006) Lacan enfatiza la relación íntima que tiene la neurosis obsesiva con el campo de lo escópico. Y para ello define a la pulsión como "el eco en el cuerpo del hecho que hay un decir. Y afirma que, para que este decir resuene, consuene, es necesario que el cuerpo sea sensible a ello, y de hecho, lo es. El cuerpo tiene orificios, entre los cuales se destaca la oreja, porque no puede taponearse, clausurarse, cerrarse. Responde por esta vía en el cuerpo, la voz".

Afirma sin embargo que no está sola la oreja, y que la mirada compite notablemente con ella. Resulta realmente muy difícil, apartar al obsesivo del dominio de la mirada.

El obsesivo privilegia la dimensión escópica, produciendo una singular nominación imaginaria que opera como cuarto redondel de cuerda, su *sinthome*, que mantiene unidos a los tres registros al costo del aislamiento, la petrificación y la mortificación que lo caracterizan en su rigidez.

Uno de los puntos más originales de la teoría de Lacan, es el modo en que ha formulado la relación del obsesivo con el campo de lo escópico. Se destaca siempre la importancia de la conciencia escópica en el equilibrio obsesivo, lo que llamamos "la armadura obsesiva". Ya aparece como antecedente de este asunto, la identificación del obsesivo con el amo -"que no puede verse"- que lo observa desde el palco, a quien dirige sus hazañas. Lo cual es congruente con el llamado "goce del espectáculo", así como con la caracterización del yo obsesivo como un "yo fuerte", a partir de las comparaciones con las fortificaciones al estilo Vauban.

En, el *Seminario 10*, Lacan destaca como se articulan el nivel del don con la del plano escópico de la imagen cuando señala que "aquello que considera que aman es una determinada imagen suya. Imagen que se la da al otro, hasta tal punto que se imagina que el otro ya no sabría de que tomarse si esta imagen le faltara (...) el mantenimiento de esta imagen de él es lo que

hace que el obsesivo persista en mantener toda una distancia respecto de sí mismo, que es, precisamente, lo más difícil de reducir en el análisis”.

La defensa del obsesivo es esa conciencia de sí, el estar por fuera de la escena. La conciencia de sí es una especie de panóptico, tiene que ver con el fantasma de omnivigencia (visión de todo) en el que el sujeto deja en la escena una sombra de sí mismo. Como producto de su desdoblamiento.

El obsesivo colma la falta en el Otro, la satura con su imagen fálica (narcisista) y con la serie de objetos que operan como equivalentes fálicos para colmar la castración en el Otro. Ligado a la función del falicismo.

Su sinthome específico, es la “armadura obsesiva”.

1.3.3. El obsesivo y su deseo.

Para Freud, el *Deseo* es aquello que surge de la *Experiencia de Satisfacción* (en contraposición a la Experiencia de Dolor). Según la cual, la necesidad que experimenta el sujeto, dado su situación de desvalimiento psíquico e indefensión, halla su satisfacción gracias a la *acción específica* que realiza el “Otro prehistórico e inolvidable a quien ninguno posterior iguala ya” (Carta 52). Esta necesidad, surge de un estado de tensión interna, y a partir de esta acción específica que procura el objeto adecuado, se produce una descarga de la tensión, que es vivenciada como placer.

Para Freud, el deseo es inconsciente, indestructible e insatisfecho. Y es el motor de la vida.

Lacan, por su parte, considera que dicha experiencia de satisfacción es mítica y que nunca existió. Sino que la falta se encuentra por estructura. E insiste en distinguir la tríada de los siguientes conceptos: *Necesidad*, *Demanda* y *Deseo*. Según la cual, el momento del nacimiento está caracterizado por un estado de indefensión del cachorro humano (“sujeto mítico de la necesidad”),

por lo cual el sujeto necesita del Otro materno que lo auxilie sin el cual no podría sobrevivir. Este Otro aparece como omnipotente y se establece con él una relación de extrema dependencia.

Lacan afirma que incluso desde antes de nacer, lo simbólico nos preexiste, estamos insertos en la cultura. Al constituirnos como seres parlantes, y estar bañados por el lenguaje, la *necesidad* se pierde. El niño necesita del grito para que el Otro socorra a sus cuidados. Por lo tanto, la necesidad deja de ser biológica para pasar a ser lógica. "La *Necesidad* pasa por los desfiladeros del significante y se transforma en *Demanda*".

La Demanda es la puesta en palabra de la necesidad. Y Lacan afirma que toda demanda es *Demanda de Amor*. De presencia incondicional, absoluta, que el Otro nunca falte, que esté siempre ahí. Por eso, por más objeto que se le dé al niño, se trata de otra cosa, de la presencia absoluta del Otro. Lo cual constituye un punto de imposibilidad.

Cualquier satisfacción de la Demanda, genera un resto que no se satisface y es allí donde brota el "Deseo". El Deseo es el margen que surge entre la Necesidad y la Demanda.

Para Lacan, el Deseo es metonímico, estructural, eterno y parcial. Y afirma que "el deseo es siempre deseo del Otro". Ya que el deseo está en el Gran Otro que preexiste al sujeto de la cultura.

Lacan desarrolla primero una clínica centrada en el deseo, y no en el síntoma. Y de lo que hay que defenderse allí, en el orden del deseo, es de algo pensado primero en Lacan en términos de muerte.

El obsesivo emplea para su defensa lo mismo de lo cual se defiende, obteniendo un goce desplazado de lugar, pero de la misma naturaleza al que teme. El obsesivo logra transformar ese ataque en algo activo, en una defensa, pero la quiere totalmente controlada, y empleando la lógica que extrae del ataque. Es esa la paradoja.

La relación imaginaria del yo y el otro, está subsumida bajo las determinaciones del Otro, dentro del orden simbólico, pluralizando los objetos. En las escenas de deseo que se propone un obsesivo, sus objetos siempre tienen una marca plural que los hace equivalentes. Por lo tanto, la defensa, abarca la totalidad de la relación con sus objetos. Lo esencial de la defensa obsesiva, es no estar plenamente en nada de lo que pasa. La generalización es sumamente importante en el aislamiento, e indica que hay algo de la defensa que funciona *para todo* objeto que se presente. La descripción del yo, como conjunto cerrado, se traslada al campo del Otro como modo de definir lo crucial de la defensa obsesiva, según Lacan.

El punto al que remite Lacan la defensa se dirige al deseo que subyace a la ley, presente en el punto en que no hay ley de la ley, no hay Otro del Otro. Y podemos comprender en qué este Otro particular que se fabrica el obsesivo sobre la base de cubrir ese deseo del Otro, ese punto de castración del Otro, con esa defensa yoica situada en la falla, sofoca cualquier señal del deseo.

Lo que ocupa ese lugar y función es un objeto que siempre es reductible al significante "falo". Cuando hacemos referencia al falo en la dialéctica del obsesivo, podemos situar tanto el rol que juega en él, el goce masturbatorio, como también el goce de sus pensamientos, deleitarse en sus meditaciones o elucubraciones. Hacia el final de su enseñanza, Lacan trabaja el "goce del sentido", equiparándolo con el goce fálico. El obsesivo se satisface en la retórica de sus argumentos, en el despliegue de sentido. Por eso lo irrita tanto el sin-sentido, lo antojadizo, lo caprichoso, lo que no obedece a la razón que es para él, siempre universal.

Esta preeminencia y soporte del falo podemos observarla en el rol que desempeña para él la hazaña que se propone siempre superar, donde él piensa que debe mostrar su deseo. Es esta su exigencia esencial y sólo puede lograrla poniendo en escena una virilidad absoluta ostentando su mejor *performance*.

El obsesivo solo se mantiene en una relación posible con su deseo, a distancia. Trata de mantener alejado su deseo y no, al objeto, que adquiere

para él otra función. Debe mantenerse a una determinada distancia de su deseo para que éste subsista. Cuanto más se acerque a su deseo, más se aleja del objeto, porque el movimiento hacia el deseo lo enfrenta a la castración del Otro.

Para perder diversos goces en las escenas que sufre el obsesivo, por su aislamiento, su instalación en el Otro, el goce transferido se hace sólo "goce del espectáculo", goce de la conciencia de sí. La defensa es defensa contra cualquier suceso del deseo del Otro. Hay una satisfacción única de pulsión escópica, en la contemplación de sí.

Con la mirada busca lo absoluto. Lacan considera que en el palco de la gloria absoluta no hay nadie sino la autoconciencia del propio obsesivo. El sujeto hace un viraje en su defensa, y pasa de realizar el deseo según un instrumento que tiene y puede emplear de determinada manera a buscar ser aval del Otro bajo la forma de ser: ser reconocido en ese campo del Otro, por un encuentro de miradas absoluto. Viramos entonces a otro modo de goce, sostenido en la pulsión escópica.

El deseo reviste una peculiaridad en el obsesivo, que lo lleva a una encrucijada dado que la contradicción interna inherente a este deseo es su relación intrínseca con el deseo del Otro. Está en un "o tú o yo" a nivel del deseo lejos de saber que el deseo se sustenta en el deseo del Otro.

El obsesivo establece una relación de agresión especular a nivel del deseo. Su contradicción es imponerlo para que sobreviva y se sostenga pero, para eso el deseo del Otro debe ser maniatado. Postula su deseo contra el Otro y busca anularlo; el problema es que en el mismo momento en que logra imponerlo a costa del otro, destruye el suyo.

Freud explica la constitución del deseo del obsesivo, como el resultado de una desmezcla precoz de las pulsiones de vida y muerte. Es decir que se refería a la fase anal, o sea, al modo que el obsesivo recibe la demanda del Otro. La retención tiene un papel fundamental y abre el camino a un "después", "lo más tarde posible". En esa postergación se ubica su satisfacción

donde, queda enfrentado al Otro que le demanda que ceda el objeto anal cuando su obcecación es no hacerlo. No es un "no" a secas sino un "no, porque tuve cosas más importantes que hacer", "hoy me fue imposible".

Con respecto a la desmezcla de pulsiones, Lacan nos muestra que lo propio de la obsesión es direccionarse más allá de la demanda, al deseo como tal que, comporta destrucción del Otro. Él busca quedarse en el plano de la demanda. Para comprender este funcionamiento, debemos distinguir dos conceptos que resultan fundamentales en estos desarrollos: *demanda* y *deseo*. Lo cual nos remite a lo que es la demanda del Otro, lo que es el deseo del Otro. Es decir, la demanda del Otro, es aquello que es pedido de manera explícita por el Otro, traduciendo demanda por pedido, el Otro pide con sus palabras, o sea, con significantes. Pero el deseo es lo que se escapa a la cadena del signifiante, es lo que nunca puede ser atrapado del todo por el signifiante. El deseo, el deseo del Otro siempre permanece como algo enigmático, la demanda no, la demanda se identifica con los significantes que el Otro usa.

Sobre esta distinción entre demanda y deseo, Lacan establece otra, que es la distinción, de la demanda del sujeto y la demanda del Otro. Dice entonces la demanda *al* Otro, del sujeto al Otro, y la demanda *del* Otro, la demanda del Otro al sujeto.

Sobre esta doble distinción Lacan ubica los objetos de las pulsiones parciales en términos de Freud. Distingue las cuatro formas de objeto "a" de la pulsión: el objeto oral y el objeto anal de Freud, agregándole lo escópico y lo invocante.

El objeto anal en cuestión, es en el que el Otro pide al sujeto. Es ese objeto en la medida en que queda incluido en esta trama de las relaciones del sujeto y el Otro y es aquel sobre el que recae el pedido del Otro, la demanda del Otro.

María Inés Negri, en Mónica Torres, "*Clínica de las Neurosis*" (2010, 158-163), presenta un cuento llamado "La circuncisión", para dar cuenta de la *fuga del deseo* que caracteriza al sujeto obsesivo. A través del cual se puede

observar que sucede cuando este confunde el registro de la demanda con el deseo y se embarca en una epopeya en función de lo que supuestamente cree que el otro desea.

La narración cuenta la historia de Andi y Sarah, y las marcadas diferencias que existen entre ambos. Sarah viene de una familia judía y vive en Nueva York. Andi es alemán y llega a esta ciudad para realizar su tesis doctoral sobre derecho, y el tema de la misma, son las utopías. Sus caminos se cruzan y se enamoran. A partir de allí, comienzan a surgir diferencias de las más variadas entre ellos y sus familias, lo cual no parecía preocupar a Sarah. Al contrario, ella de alguna manera se veía atraída justamente por las cosas que los diferenciaban. Es él sin embargo, quien se martiriza a lo largo de toda la historia con esta relación. En un momento se plantea que, no se trata de entender al Otro hablando, sino de anular la diferencia. Y entonces decide "cortar por lo sano", o sea, anular las diferencias. Andi decide ser judío, convertirse. Para lo cual debe circuncidarse. Él decide que es lo que ella quiere, o mejor dicho, lo que *él cree* que quiere. En su utópico mundo no caben deseos diferentes, ni suyos ni de ella. Todo se desarrolla en nombre del ideal. Entonces viaja a Alemania y finalmente se opera. A su regreso, le dice a Sarah que está circuncidado, no que viene de hacerlo ni que lo ha hecho por ella. Sarah no comprende si ya lo estaba, pero se da cuenta que no. Sin embargo esto a ella no le sugiere ninguna hazaña, sino que lo escucha como un comentario más. Esa noche, Andi se levanta a la madrugada, toma sus pertenencias, y se va. Fin del cuento.

Al colocarse ciegamente en la proeza de satisfacer lo que supone que el Otro le demanda, obvia el deseo de su partenaire y sale de la escena, donde todo se había destruido. El Otro no había reconocido su propia hazaña, su esmero por deshacer las diferencias. Quedo presa de su propia jaula.

El obsesivo pide algo de forma radical para asegurarse de que no sea lo que, al mismo tiempo, quiere el Otro; ya que si el Otro quiere lo mismo que él, ya no sabe si lo quiere y hasta podría presentársele como una demanda del Otro. Es un pedido frente al cual no hay atenuantes, es lo que podemos llamar

“una idea fija”. No hay otra dialéctica posible, tiene carácter de exigencia absoluta.

Una de las nociones fundamentales que desarrolla Lacan en su elaboración de la neurosis obsesiva a partir de los conceptos freudianos, es considerar la estructura del deseo, *como un deseo imposible*. Freud plantea como el obsesivo necesita ir creando medidas que lo alejen cada vez más de situaciones en las que se ponga en juego su deseo. Por eso el síntoma obsesivo tiene una función de defensa. En cambio, Lacan va decir que de lo que se aleja en realidad es del deseo del Otro. Se mantiene como un sujeto altamente deseante pero alejándose del deseo del Otro, que es lo que realmente lo angustia (lo coloca frente al \mathcal{A}).

Marta Gerez Ambertín, afirma que la astucia del obsesivo consiste en la nuliubicuidad (no estar en ninguna parte), el deseo imposible, el asesinato del deseo y el sitio al Otro, que termina por sitiarse al sujeto. Esta es su fortaleza. Su astucia debe ganarle la partida a la inconsistencia del Otro, es decir, asegurarse ante el riesgo de que aquel se muestre como deseante. Ninguna chispa del deseo debe rozarlo y por eso su deseo se vuelve imposible. Deseo imposible-sitiado: de manera que todo lo que pueda encender el deseo será anulado.

Lacan utiliza el término *aphánisis* para designar la desaparición del deseo, punto relevante en esta estructura. Ya que, anulando el deseo del Otro anula el propio.

1.3.4. Fantasma.

Toda esta dialéctica del obsesivo está presente en sus fantasmas. El fantasma es definido por Lacan como un imaginario tomado en un cierto uso del significante: escenas, escenarios, profundamente articulados al significante.

Los fantasmas sádicos del obsesivo, no son una imagen ciega del instinto de destrucción sino algo que el sujeto articula en un escenario donde él mismo, se pone en juego.

Cuando el obsesivo nos habla de sus fantasmas, nos hace saber que su vida psíquica está invadida por los mismos. Y se observa allí una organización significativa de las relaciones del sujeto con el Otro como tal. Freud, al hablar del síntoma en el obsesivo, manifiesta que hay un quiebre en el nexo lógico, ya que todas las inhibiciones y acciones compulsivas no tienen para él ningún sentido.

Todo fantasma se sostiene en un pequeño libreto, reducido incluso a una frase, donde se ve la participación de lo simbólico. Sin este registro, no es posible dar cuenta del fantasma. Ya que éste no es sólo imaginario, sino que es imaginario articulado con lo simbólico. Y siempre fue el sitio de advenimiento de goce a través suyo. Ya en "*La dirección de la cura y los principios de su poder*" (1958/2001), Lacan se refiere al gran libreto obsesivo, a partir del cual puede acceder a la constelación original que presidió el destino y las relaciones familiares del Hombre de las Ratas.

Juan Carlos Indart, en su texto "*La Pirámide Obsesiva*" (2001), al hablar del fantasma obsesivo, no se refiere sólo a una producción ideacional de fantasías del sujeto, su "duermevela", sino también a su comportamiento, o sea, su conducta en la vida, la cual se realiza según posiciones fantasmáticas. Utiliza la equivalencia entre lo que llama "realidad" y lo que es fantasma para Lacan.

Los fantasmas tal como aparecen y se despliegan, son libretos con los que el sujeto sostiene los objetos de su deseo, y no se le asigna un valor para el tipo clínico porque no se sabe con qué síntoma se articula

El fantasma como tal, puede estar en una estructura clínica como en otra, pero hay un "empleo" del mismo que para Lacan ha sido siempre una nota distintiva de la obsesión.

Todo lo que situamos en el eje yo-objetos, es fantasma. Así surgen los libretos fantasmáticos que dan sostén a cualquier deseo, no hay allí ninguna tipicidad, siendo siempre relaciones del yo con sus objetos. En la obsesión cualquier fantasma es definido por la instalación del yo en el Otro, y es en esto que se queda marcado en una tipicidad obsesiva. Lo típico es que, realice o no lo que anhela, le adjunta en todos los casos su “fuera de escena” por traslado a ese lugar en el Otro.

El éxito de la defensa, se manifiesta hasta lograr anular el deseo del Otro volviéndolo Otro consistente.

Lo típico de una obsesión surge cuando se evidencia que el empleo de cualquier fantasma procura instalar la imagen de sí en el Otro. Un desarrollo fundamental de Lacan en el Seminario 10 (1963), afirma que para comprender la satisfacción de la defensa obsesiva como fantasma tipificable, evidencia que por detrás del yo, o del amo que no puede verse, o del Padre muerto, o de ser el falo, hay el objeto “a” bajo su modalidad escópica, lo que es coherente con la idea de “goce del espectáculo”. Hacia el final de su enseñanza, Lacan explicita que se trata de la conciencia, e Indart agrega que se trata de la conciencia como conciencia de sí, como autoconciencia, la *Selbstbewusstsein* de Hegel.

Es el fantasma de la omnivigencia, descrito por Lacan en el Seminario 10. No en un estado de inconsciencia, sino el estado de preconciencia, donde se es consciente de las cosas pero no se tiene que hacer el doblez que es, además de ser consciente de que uno está en la escena misma.

Lacan considera que no resulta posible reducir completamente esta defensa, que se repite en la obsesión, donde al menos por un rato está en estado de autoconciencia. Con las complacencias de pensar en uno mismo, con un Gran Otro sin barrar y un + phi, y sin nadie que le acote el goce.

Esto se observa en la clínica, ya que los mismos obsesivos suelen considerarlo su “refugio”, aun cuando han remitido los síntomas de la obsesión. De esta manera pueden estar en la vida, bien vivos, realizando

muchas cosas, pero por lo menos necesitan cinco minutos al día (sino los invade la angustia) para retirarse del mundo. Y en esa retirada lo fundamental consiste en estar un rato en estado de autoconciencia, en estado de "aislamiento".

En una definición inicial relativa a la neurosis obsesiva, la instalación del yo en el Otro, es equivalente a la autoconciencia. Lacan, en El Seminario 11, dirá que la autoconciencia es un privilegio propio del fantasma escópico.

Analizando el fantasma escópico en la obsesión, debemos atender a lo que indica Lacan en los Seminarios 10 y 11, acerca de ese truco especial que puede tener lo escópico para velar el deseo del Otro, ese "me veo verme". Un obsesivo utiliza esto para dar un paso más, que es autoconciencia: me veo ver.

La defensa obsesiva, la que conocemos como armado del Otro sin deseo y sin goce, cuya fenomenología podemos observar en el lado aburrido y burocrático, tiene como contracara inherente a la defensa misma, el *fantasma del goce absoluto*.

1.3.5. El amor en la obsesión. Erotomanía.

El amor es entendido por Lacan como un fenómeno estrictamente imaginario, aunque tiene efectos sobre lo simbólico. Es autoerótico y tiene una estructura narcisista. Está estrechamente vinculado con la agresividad, de manera que la presencia de uno implica necesariamente la presencia del otro. Esto es lo que Freud denomina "ambivalencia".

Lacan define el amor como "dar lo que no se tiene a aquel que no lo es". Sin embargo, en la neurosis obsesiva se trata del amor oblativo, del amor como don sostenido en el fantasma anal. Cuya modalidad es solucionar todo por vía de la demanda del Otro, que corresponde a la fórmula "dar lo que se tiene". Esto es la oblatividad: reducir el deseo a la demanda.

En la obsesión el amor está relacionado con la búsqueda de otra solución al asunto del deseo, ya que queda un resto de deseo que busca una realización más allá de la división que produce vivir una vida bajo demanda.

El amor para el obsesivo cobra forma de *lazo exaltado*, y esto se debe a que entiende que lo que uno ama es una cierta imagen de sí. A su vez supone que, de faltar esta imagen, el otro ya no sabría de dónde agarrarse. Es consecuencia del fantasma escópico que el amor posea como característica de una *idealización extrema*.

Con respecto al amor, Freud puntualiza en "Introducción al narcisismo", que siempre tiene como objetivo la imagen de sí, es narcisista. Pero es Lacan quien habla de una tipicidad del amor en la neurosis obsesiva que, considerándolo único, diferente a cualquier otro amor, hace equivalente esa singularidad con un reconocimiento universal, o sea, que teniendo raíz en esa singularidad, se lo imagina como reconocimiento universal. Por eso el sujeto espera que el orden universal le reconozca ese amor único.

Aquí surge el aspecto "engañoso" de ese amor ya que el reconocimiento amoroso va de uno en uno, de singular a singular.

Es el fantasma escópico que da esta característica al amor en el obsesivo, estando al servicio de cubrir la falta en el Otro. A la vez, es una solución a la repetición de la presencia del *Che vuoi?*.

Lacan llama a este amor "*erotomaniaco*" porque se cree que se es amado por algo (más que por alguien) que tiende a ser cada vez más universal, más absoluto y se buscan los signos de ese amor. Este amor se presenta en el obsesivo, como un síntoma. Es una erotomanía que queda en el plano imaginario, ya que el obsesivo no compromete todo de sí en el intento, lo mantiene en la fantasía. Se trata de una interrogación sobre el Otro goce a través del cuerpo del Otro. Pero es también una especie de identificación a través de la cual imagina cual podría ser ese Otro goce.

El surgimiento de fantasías de contenido masoquista, homosexual, etc., es defensa contra la posible emergencia de un goce no fálico. Los temas que recuerdan el asunto del superyó y de figuras gozadoras pueden pensarse con

relación a una pregunta por la femineidad. Y la angustia emergente, lo es con relación a Otro goce que no entra en la dialéctica del deseo.

1.3.6. El Aislamiento como síntoma fundamental de la Neurosis Obsesiva.

Mónica Torres (2010), afirma que el obsesivo está encerrado en los tormentos de los pensamientos, más interesado en los orígenes del deseo que en el deseo del Otro. Incluso resulta difícil sacar al obsesivo de sus pensamientos, de ese ensimismamiento. Hay como una autoclausura, un retraerse con relación a los otros; construye una *fortaleza* que lo protege al precio de *aislarlo*.

Ya en "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis" (1953/2003b) Lacan expone la diferencia entre, la relación narcisística del yo al otro semejante, y la relación del sujeto al Otro, al A de la dimensión simbólica, para plantear su articulación.

La relación del yo con sus objetos, relación imaginaria, queda subsumida dentro del encuadre normativo que proviene del orden simbólico. Entonces la descripción del yo, como conjunto cerrado, se traslada al campo del Otro como modo de definir lo crucial de la defensa obsesiva, según Lacan.

El mismo campo fortificado con las mismas imposibilidades de realizar cualquier deseo, Lacan lo ubica ahora en un lugar y eleva la neurosis obsesiva y su defensa a un modo de construir un Otro, otro garantizado. Sitúa ese yo en el campo del Otro, en el campo del orden simbólico, en la dimensión significativa, para mostrar que lo que define la obsesión es ese traslado de la unidad imaginaria corporal, el yo (moi), en su lógica de conjunto cerrado, para dar a ese Otro la consistencia que no tiene, para defenderse de la castración de ese Otro: A.

Del narcisismo importa solo el borde cerrado de esa imagen como unidad. Y en la neurosis obsesiva, ese borde toma un valor lógico especial, ya

que no es un narcisismo para consentirse ante el espejo. Narcisismo tenemos todos. Por ejemplo, un histérico podría gozar de su narcisismo exhibiéndose ante el espejo y ante los demás, para que todas las miradas le confirmen esa imagen de completud. Pero lo hace en una escena, arriesgando ese placer en alguna situación yo-objetos. No hay, empero, en la obsesión un solo yo situado en la escena imaginaria, sino también un yo que se traslada a ese campo del Otro. Inserción de una unidad imaginaria en la dimensión significativa del Otro, y en el punto justo donde hay falta en ese Otro.

Esta idea constituye la lectura y redefinición de Lacan, de uno de los dos grandes mecanismos de defensa con los que al final Freud se queda en cuanto a la neurosis obsesiva. Freud simplifica en "*Inhibición, Síntoma y Angustia*" (1926 [1925]) dichos mecanismos y nos habla de dos: *anular lo acontecido* {*Ungeschehenachen*} y el *aislar* {*Isolieren*}.

Es Freud quien introduce este concepto de "aislamiento", para dar cuenta de que en el obsesivo las ideas se aíslan. Para él tiene que ver con la representación, inconciliable, a la cual se la despoja de su afecto, se la desconecta de su goce. Hace referencia a toda la fenomenología del obsesivo, respecto de estar siempre en otra parte, siempre un poco distante y en otro lado de la escena en donde se juegan las cosas. Pero no precisa cuál es el lugar donde tiene uno que ir para aislarse. De seguro era un lugar en los pensamientos, y resulta que el sujeto lo encuentra dentro de sí mismo. Ya que aislarse no es retirarse a un lugar donde uno no sea perturbado en la realización de algo. Este hecho puede o no ser obsesivo. Un obsesivo está aislado y en otra parte aunque lo veamos férvido en una manifestación o haciendo el amor. Un obsesivo está aislado porque así aísla lo que lo amenaza. Lacan precisa el lugar, en la estructura, de ese "aislamiento", como lugar a situar en el Otro, como traslación del yo a la dimensión simbólica, para cerrarla.

Lacan afirma entonces que aquello de lo cual el sujeto se aísla, es el deseo del Otro, porque esto lo angustia. A esto dirige el obsesivo su intento de *reducir el deseo a la demanda*, el intento de reducir el deseo del Otro a la demanda del Otro. Para evitar el contacto, enfrentarse con el deseo del Otro

reduciéndolo, tratando de hacerlo entrar en la demanda del Otro, en lo que el Otro pide; eso es lo propio de la neurosis obsesiva. Por eso Lacan va decir que lo que el obsesivo intenta es ubicar en el lugar del objeto del deseo el objeto de la demanda del Otro.

Para no enfrentarse con el deseo del Otro que es enigmático, que angustia, el obsesivo recurre a tratar de reducir el deseo del Otro a la demanda del Otro, lo que el Otro pide con sus palabras evitando así, a través de lo que pide, preguntarse qué es lo que desea, tratar de eliminar este trasfondo del deseo, reducir el deseo exactamente a lo que el Otro pide. Por eso el obsesivo está haciendo todo el tiempo que el Otro le pida, para evitar el problema de que el Otro desea.

Cuando el obsesivo intenta atravesar la barrera de la demanda y parte en busca del objeto de su deseo, no lo encuentra fácilmente. Ya que enfrenta toda suerte de obstáculos.

Ese aislamiento, relacionado al Otro, le permite salir de la angustia y retornar a un goce. El refugio de la autoconciencia, le es útil además para anular y reparar hechos retroactivamente.

Por el aislamiento, suele considerarse al obsesivo como poco social. Ya que se retira a su refugio, rumea, piensa, etc. No quiere que lo interrumpen. El aislamiento está en estrecha relación con lo que Freud denomina el *Tabú de contacto*, (cancelación de toda posibilidad de contacto) como un modo de evitar todo lo que lleve al pensamiento hasta lo prohibido.

El aislamiento constituye el síntoma núcleo de la neurosis obsesiva, y es una actividad que se realiza desde la autoconciencia. El desdoblamiento del yo del obsesivo, es lo más útil para pensar la conciencia propiamente dicha, la conciencia de sí, es decir, la autoconciencia.

1.3.7. El síntoma obsesivo

Las puntualizaciones freudianas, en un primer período, entienden al síntoma obsesivo como una *formación de compromiso* que surge de la defensa contra representaciones sexuales inconciliables, traumáticas para el sujeto. Freud liga estas representaciones a una actividad sexual precoz por la cual el sujeto se reprocha. En lugar de estas representaciones inconciliables, surgen representaciones obsesivas (pensamientos e ideas) y diferentes formas de reproche sobre representaciones sustitutivas como modalidades de retorno del afecto que se había reprimido.

Luego, en el segundo período, (*El hombre de las ratas y Tótem y Tabú*), considera el síntoma obsesivo a la luz de la lucha del sujeto contra la sexualidad infantil y los deseos incestuosos. También contra la hostilidad hacia el padre, inherente al conflicto ambivalente surgido de la rivalidad edípica y de su amor hacia él. Según Freud, en la triangulación edípica se juegan dos deseos, en sus dos vertientes (soporte del fantasma del neurótico): el incesto y el parricidio. El padre tiene un papel fundamental, en tanto que al prohibir el incesto opera como agente de la castración. Sin embargo el sujeto mantiene con él una relación ambivalente: hostil (rival para sus objetivos) y amorosa (ya que necesita identificarse con él para poder acceder a un sustituto de la madre).

Las figuras del padre prohibidor y del padre de la horda, son fundamentales en las conceptualizaciones freudianas de esta neurosis. Este eje será ampliamente discutido y reelaborado por Lacan.

En *Inhibición, síntoma y angustia* (tercer período) ubica tanto a la neurosis obsesiva como a la histeria, como defensas frente a la sexualidad propia de la etapa fálica y ante el peligro de la castración. Peligro que permite a cada neurosis constituir distintos tipos de defensa. Afirma que el síntoma es indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada, resultante del proceso represivo. En el caso específico de la neurosis obsesiva, el síntoma

adquiere un valor elevado para el yo, porque le ofrece una satisfacción narcisista de la que estaba privado. Estas formaciones alagan su amor propio con el espejismo de que ellos, como unos hombres puros o escrupulosos, son mejores que otros.

En los síntomas obsesivos se asiste a una lucha continuada contra lo reprimido, que se inclina en perjuicio de las fuerzas represoras; y por otro lado el yo y el superyó tienen una participación considerable en la formación de síntoma. Freud busca la explicación de la regresión a la *fase sádico-anal* en una "desmezcla de pulsiones", "en la segregación de los componentes eróticos que al comienzo de la fase genital se sumaron a las investiduras de la fase sádica" y considera que esta regresión es el primer logro del yo en la lucha defensiva contra la exigencia de la libido. Sin embargo, el complejo de castración es el motor de la defensa, y a la vez, el propósito del complejo de Edipo es aquello sobre lo cual recae dicha defensa. Debido a esta modalidad regresiva, el superyó se vuelve extremadamente severo y desamorado. Éste se forma severísimo y se proscribe la tentación a continuar con el onanismo de la primera infancia, que se apuntala ahora en representaciones regresivas (sádico-anales), a pesar de lo cual sigue representando la organización fálica.

Freud observa dos actividades que el yo realiza en la formación de síntoma. La primera consiste en *anular lo acontecido (Ungeschehenachen)* y la segunda en *aislarlo (Isolieren)*. Por el aislamiento, la vivencia no se olvida, pero se la sustrae de su afecto y sus vínculos asociativos son sofocados o suspendidos. Por la anulación retroactiva no solo se intenta hacer desaparecer las consecuencias de un suceso, sino al suceso mismo. Se trata de borrar lo sucedido.

En la primera etapa de su enseñanza, Lacan no hace tanto hincapié en la dimensión del síntoma como lo hace con el deseo en la relación del sujeto con el Otro. Sus primeros intentos se basan en mostrar en el obsesivo una de las actitudes que Hegel no desarrolló en su dialéctica del amo y el esclavo. El esclavo se ha evadido ante el riesgo de la muerte, donde le era ofrecida la ocasión de una lucha por puro prestigio. Pero dado que sabe que es mortal,

sabe también que el amo puede morir. Entonces, acepta trabajar para él y renunciar al gozo mientras tanto; y espera con incertidumbre el momento en que se producirá la muerte del amo.

Lacan afirma que el aislamiento característico del obsesivo, se destaca en el nacimiento del síntoma. Y estrecha el interés por la función de la causa, en el campo del síntoma. Localiza la función del objeto *a*, en tanto que revela funcionar en los primeros datos del síntoma en la dimensión de la causa.

Según Lacan, el síntoma solo queda constituido como tal cuando el sujeto se percata de él; porque hay formas del comportamiento obsesivo donde el sujeto no solo no reparó en sus obsesiones, sino que no las ha constituido como tales. Es necesario que para que el síntoma salga del estado de enigma donde aún no estaría formulado, que el sujeto se dibuje algo cuya índole se le sugiere que hay una causa para eso.

Paulatinamente, Lacan incluye la *problemática fálica*. En El Seminario 8, sobre la transferencia, diferencia el falo como presencia real, del falo imaginario que el obsesivo instrumenta como equivalente, exponiendo el valor de defensa de su deseo ante la discontinuidad propia de la satisfacción fálica, en tanto remite a su detumescencia.

Lacan destaca como fundamental para entender la obsesión, describirla como modo un de *ofrecerse como aval de la consistencia del Otro*. Por eso hay una identificación a un falo imaginario en su función de establecer un orden total, una equivalencia general, que el obsesivo emplea contra el goce que había introducido ese mismo significante fálico. El obsesivo con su defensa, intenta construir un Otro sin barrar y fantasea con el orden de tener el falo. Busca ser reconocido en el campo del Otro (aval del Otro en otra parte), pero se da cuenta que el Otro esta barrado.

En el fondo de la experiencia del obsesivo está siempre lo que Lacan denomina como el temor a deshincharse, respecto de la inflación fálica. La función del falo se ilustra con la fábula de la rana que quiere ser tan grande como el buey. "*La mala pécora tanto se hinchó que reventó*".

Cuya causa en Freud, la idea inconciliable, tiene después todo su despliegue en Lacan, en el Uno fálico. Es desde esta cara que es posible fabricar una solución respecto de algo real, porque ese Uno fálico es el único significativo que se introduce en el sujeto con goce intermitente, por lo tanto, también es pérdida.

Los primeros desarrollos de Freud puntualizan como la sintomatología obsesiva se presenta como una solución, una defensa ante la emergencia de ese Uno fálico y de su goce, transfiriéndolo a la defensa misma.

Lo que caracteriza al obsesivo freudiano, es decir, las ideas y actos compulsivos, se sitúa en la noción de "*compulsión*". El lado compulsivo del síntoma obsesivo se plantea como solución sintomática del problema del goce fálico. Lacan afirma que el obsesivo presenta la obsesión o compulsión que puede o no, estar articulada para él en una motivación en su lenguaje interior: "haz esto a aquello, ve a verificar que la puerta, canilla o lo que fuera este cerrada". Lo cual implica que el no hacerlo o no continuarlo, despierta la angustia. Freud afirmaba, respecto de los actos obsesivos, que pese que parezcan sin significado, insignificantes, el sujeto es incapaz de suspenderlos, o si lo hace, surge una angustia muy intensa que lo obliga a retomar el acto.

Suele ser una exigencia de estos ceremoniales, el realizarlos en *soledad*, en privacidad, sin la presencia de otras personas.

Si bien es cierto que en las compulsiones el sujeto actúa, no duda y parece estar en la escena efectivamente (cuando por ejemplo maneja todas las llaves de luz, u otras cosas) todo se realiza desde el aislamiento. La satisfacción que puede procurarse es siempre frenética y solitaria. En todo el trabajo compulsivo, el obsesivo necesita estar aislado. Incluso posterga la concretización de algo que debe realizar con otro, proponiéndose hacerlos solo en otro momento.

SEGUNDA PARTE:

PRAXIS

CAPÍTULO 2

2.1. Hipótesis de Trabajo

"El aislamiento constituye el síntoma fundamental de la neurosis obsesiva, y el lugar desde donde el sujeto intenta sostener imaginariamente un Gran Otro sin barrar".

2.2. Método

La temática se abordará desde una perspectiva psicoanalítica.

El estudio que se desarrollará parte de una preocupación teórica. Es de tipo descriptivo, teórico-clínico, tomando como eje fundamental a Freud y Lacan, y trabajando con autores que continuaron y enriquecieron posteriormente sus teorías.

Esta búsqueda a través de la teoría tiene el propósito de obtener esclarecimiento y precisiones conceptuales pertinentes al problema planteado.

2.3. Procedimiento

El desarrollo teórico será articulado con un film llamado *"Mejor...Imposible"*. Se procederá al análisis de ciertas viñetas seleccionadas, de modo de poder vincular los distintos conceptos, expuestos previamente en el marco teórico.

El procedimiento del análisis será realizado dando cuenta de la combinatoria que se pone de manifiesto al seguir el discurso y el modo de articulación de los tres registros: Imaginario, Simbólico y Real.

CAPÍTULO 3

PRESENTACIÓN Y ANÁLISIS

3.1. Presentación

Disparador: Film "*MEJOR... IMPOSIBLE*"

Argumento

Melvin Udall (Jack Nicholson) es un escritor de novelas románticas que vive en Nueva York y padece un trastorno obsesivo-compulsivo, algo que lo hace intratable para el resto de la sociedad y de lo que, además, él se enorgullece. Hay una persona que sí convive con él en su día a día: la camarera Carol Connelly (Helen Hunt), quien lo atiende pacientemente en el restaurante donde suele almorzar, al que él lleva siempre un juego de cubiertos desechables para no usar los mismos que han usado otras personas.

El hijo de Carol padece asma crónica, y los cuidados continuos que ella debe dedicarle son un obstáculo para que ella no tenga ninguna relación sentimental. Por otro lado, el vecino homosexual de Melvin, Simon Bishop (Greg Kinnear) es un prometedor artista plástico que es atacado en su propia casa, recibiendo heridas en el rostro y en una pierna. Mientras está hospitalizado, el agente de Simon (Cuba Gooding, Jr.) obliga a Melvin a cuidar de la mascota de su vecino, un pequeño perrito que inmediatamente se gana el afecto del obsesivo escritor.

El filme llega a su clímax cuando Melvin, Carol y Simon viajan a Baltimore, a casa de los padres de este último para pedirles dinero para pagar los gastos generados por la hospitalización. Simon, además de haberse quedado sin dinero, ha perdido la inspiración y su trabajo creativo se resiente. Durante el viaje, Melvin comienza a mostrar su ácido encanto romántico con Carol, mientras que Simon descubre en ella su musa y el regreso de la inspiración artística perdida.

3.2. ANÁLISIS DE LOS RELATOS Y LAS VIÑETAS SELECCIONADAS.

En los capítulos anteriores del presente trabajo, se ha intentado demostrar el papel fundamental que desempeña el "aislamiento" como síntoma, en la neurosis obsesiva. A tal fin, se ha seleccionado el film *Mejor Imposible*. El cual permite a través del análisis del personaje principal, Melvin Udall, dar cuenta de aquellos aspectos en los cuales se basa dicha hipótesis.

Escena 1: "Nunca me interrumpas".

Desde las primeras escenas, el personaje de Melvin se perfila caracterizado por una personalidad rígida, poco social e incluso agresiva. El trato con los vecinos del edificio donde reside es hostil y poco amistoso, motivo por el cual éstos evitan cruzarse con él. Los lazos sociales de Melvin se limitan en principio a las relaciones con Carol (la camarera del restaurante que frecuenta diariamente) y de forma ocasional, su editora. Los mismos están totalmente desprovistos de afecto. *Se muestra* como una persona frívola que "no adora nada" (según palabras de Simon) y que "trata de dejar las emociones al margen". Vive solo, en un lindo y cómodo apartamento en el cual abunda lo meticuloso, el detalle y por supuesto, el orden excesivo.

Utiliza frases como "no toque", "no toquen" cuando por ejemplo se cruza gente caminando por la calle, mientras los esquiva para que no lo rocen.

Melvin es un escritor de "novelas de amor", que ostenta haber editado sesenta y dos libros, en apariencia exitosos. A continuación, se describe una viñeta que recrea la situación de "aislamiento" que caracteriza a este personaje obsesivo:

Cuando está intentando encontrar las palabras para definir el amor y concluir un capítulo de su novela, golpean la puerta y claramente se escucha que es Simon (el vecino homosexual) a quien Melvin habitualmente ironiza por su orientación sexual.

Al ser interrumpido por su vecino desbarata su goce de aislamiento, lo cual desata la furia.

Simon, al enterarse que Melvin ha lanzado a Verdell (su perro) por la canaleta de la basura para evitar que orine el embaldosado, le pide a gritos que abra la puerta porque necesita hablar con él. Como se ve interrumpido en su labor, se levanta enfurecido:

Viñeta: M: "¿Te das cuenta de que trabajo en mi casa? ¿Te gusta que te interrumpan mientras mariposeas en tu jardín? Yo trabajo todo el tiempo. Así que no me interrumpas jamás. Ni aunque oigas un ruido sordo procedente de mi casa y una semana después huela a cadáver en descomposición, y tengas que taparte la nariz con un pañuelo por el hedor. Ni aún entonces vengas a llamar. Ni si es la noche electoral y quieres hacer fiesta, porque algún hombre salió elegido primer presidente marica (...) Ni aún entonces llames. A esta puerta no. Por ningún motivo".

Melvin le habla con tal tenacidad y ofuscación, que hace que Simon se quede sin emitir sonido y olvide incluso el motivo de su visita. Frank Sachs (quien expone las obras de arte de Simon) que observaba la situación, amenaza a Melvin para que no vuelva a molestar a su artista y le dice que ya pensara una manera para que pueda compensar lo sucedido. Ante esta situación se observa que hazañas sólo se plasman en sus novelas. Y en su vida cotidiana se asusta y hasta llega a pedir ayuda sin resultados.

Melvin denota una intención agresiva propia de la situación narcisística según su frágil e ilusoria unidad total. El clima de agresividad, de tensión agresiva potencial siempre en suspenso, rumiada, camuflada, se observa en este personaje. Esto se debe a la unidad total narcisística que posee y su defensa como "conjunto cerrado". Así Melvin edifica una especie de fortaleza con fines defensivos. Donde la agresividad no da cabida a escuchar siquiera la demanda del otro porque él posee la verdad.

Aquí podemos observar la función que desempeña el narcisismo en la obsesión, en la medida que constituye un borde que unifica, sin fisuras.

Melvin se encuentra dentro de su jaula, lo que se puede describir incluso como su propia rigidez. Y no realiza sus deseos porque los objetos están fuera de su yo narcisista, fortificado.

Melvin racionaliza, anula, desconecta, ritualiza, acciones que sólo están destinadas a mantener el conjunto cerrado.

Le resulta difícil apartarse de sus pensamientos, de ese ensimismamiento. Hay como una autoclausura, un retraerse con relación a los otros; *fortaleza* que lo protege al precio de *aislarlo*.

En su relación narcisística del yo impone convencido sus ideas en forma impositiva e irónica. Pero frente a alguien que lo enfrenta (Frank) se aterroriza frente al "contacto" que lo contamina (aislamiento). Dejando las proezas en su mundo imaginario.

La descripción de su yo (moi), como conjunto cerrado, se traslada al campo del Otro en el punto justo donde este tiene falta. Es un modo de definir lo crucial de la defensa obsesiva. Para dar a ese Otro la consistencia que no tiene, para defenderse de la castración de ese Otro: A.

Al instalar su yo en el Otro (equivalente a la autoconciencia) podemos hablar en Melvin de un fantasma escópico. Este aislamiento le permite salir de la angustia y retornar a un goce.

Melvin se retira a su refugio (su apartamento), rumea, piensa, trabaja "todo el tiempo". Esto le permite mantener el control, evitando que surja lo inesperado. Tiene la ilusión de que puede calcularlo todo, todas las variables, las posibilidades de la contingencia para poder controlarlas. Gozando con este cálculo.

Escena 2: *"Melvin y sus obsesiones"*.

El personaje de Melvin se caracteriza por algunas obsesiones y ceremoniales, que forman parte de su rutina habitual, las cuales él no se cuestiona. Melvin no tiene noticia de sus propias representaciones obsesivas.

Los ceremoniales constituyen pequeñas maniobras, agregados, restricciones, arreglos, puestos en práctica siempre de la misma manera, de forma constante, regular, que se repiten en la ejecución de determinados actos de la vida cotidiana. Estos actos parecen carentes de toda significación, pero sin embargo no es así. Su ejecución disipa momentáneamente la angustia.

Cuando Melvin llega a su apartamento, gira el picaporte cinco veces, también lo hace con las luces. Luego se quita los guantes que lleva puestos cuando sale y los descarta (aislamiento de contacto). Entonces se dispone a lavarse las manos. Se arremanga la camisa y luego abre el botiquín, donde guarda apilados una gran cantidad de jabones (series de Uno fálco). Toma uno, se lava con agua hirviendo y luego de una sola pasada por las manos, lo tira a la basura. Toma otro, se lava por segunda vez, y lo descarta también. Se manifiesta el control ritualizado para no encontrarse con la falta.

Melvin ejecuta una de las acciones obsesivas más frecuente. La lustración con agua (compulsión de lavarse) es el recurso privilegiado para combatir las prohibiciones que se le imponen. Estas acciones obsesivas revisten la naturaleza defensiva que poseen un carácter compulsivo. Él se considera un hombre mejor que las otras personas.

Las prohibiciones que caracterizan a Melvin, (como por ejemplo no pisar las líneas de las veredas, no calzarse sin antes realizar un ritual con los pies, no utilizar los cubiertos del restaurante que frecuenta, etc.) conllevan una renuncia y unas restricciones para su vida. Parte de ellas puede ser cancelada mediante la ejecución de ciertas acciones; las cuales es forzoso que acontezcan. Evita por ejemplo, tocar la manija de un taxi al subirse; ir a un hospital; ponerse el traje que le ofrecen en el restaurante en Baltimore, para impedir el hecho de que le "introduzcan virus".

Melvin actúa como si las personas y cosas "imposibles" fueran portadoras de una infección peligrosa, pronta a contagiar por vía del contacto, a todo lo que este próximo (en relación con el Tabú de Contacto).

Se observa en estos ejemplos de Melvin, el goce que este sujeto obtiene de sus ordenamientos seriales, con los cuales intenta borrar la marca del significante fálico (como Uno fálico). Y además satisfacerse con su empleo sustitutivo. Estos síntomas son empleo del significante fálico controlado como defensa contra el Uno.

El hecho de no realizar estas acciones obsesivas o no continuarlas, despierta en Melvin la angustia. Aunque parezcan sin sentido, insignificantes, el sujeto es incapaz de suspenderlos, o si lo hace, surge una angustia muy intensa que lo obliga a retomar el acto. Suele ser una exigencia de estos ceremoniales, el realizarlos en soledad, en privacidad, sin la presencia de otras personas.

Parece que Melvin está en la escena efectivamente (cuando por ejemplo maneja todas las llaves de luz, las cerraduras de la puerta, etc.). Pero en realidad lleva a cabo en forma solitaria este "aislamiento" (relacionado al Otro) le permite estar en goce y evitar la angustia.

Escena 3: "Melvin al cuidado de Verdell"

Hay un punto que es determinante en el rodaje, y tiene que ver con que Simon es atacado en su propia casa y lo lastiman severamente. Motivo por el cual queda hospitalizado. Frank necesita que alguien atienda a Verdell durante ese lapso y recuerda lo sucedido con Melvin en aquella primera escena. Decide entonces pedirle que se haga cargo de sus cuidados, como una forma de compensar lo sucedido con el perro.

A partir de aquí, la vida del solitario escritor, empezará a cambiar. Y Melvin, ira modificando, quizá sin darse cuenta, algunos rígidos patrones de su comportamiento (acota el goce).

Esa primera noche que Melvin cuida de él, y le da de comer, Verdell se niega a hacerlo. Melvin, de forma ingeniosa, toca el piano y canta "para él". Y de a poco el perro se va acercando al plato, y comienza a degustar.

Al día siguiente lo lleva al restaurante, y lo deja amarrado afuera mientras él desayuna. Carol le hace notar que quizá alguien puede llevárselo, entonces él se *cambia* de lugar. Deja "su mesa" (su seguridad) y se sienta en una más cercana a la puerta. Guarda la panceta del plato que ordenó para convidar a Verdell, ya que ha descubierto que esto le agrada.

Cuando caminan por la calle, Melvin lo lleva con correa, y observa que Verdell esquiva las líneas de las baldosas, al igual que lo hace él. Es notorio como Melvin comienza a encariñarse con él, aunque el afecto es mutuo. Algo de goce comienza a ceder y algo del deseo comienza a vislumbrarse.

Al cabo de unas semanas, Frank regresa con la noticia de que Simon ya está en casa y quiere tener a Verdell con él enseguida. Se produce en esta escena, un punto de quiebre en la disciplinada estructura del personaje. En realidad no es el único afectado por esta decisión, ya que Verdell tampoco quiere regresar con su antiguo dueño. *M: -¡Por un perro! ¡Por un chucho feo!* Dice Melvin mientras toca el piano, mirando el plato de Verdell, con un dejo de nostalgia.

Se puede pensar que Melvin con estas acciones, "rompe" ese borde cerrado que lo mantenía aislado. A partir de lo cual, las cosas cambian de manera notable. Se le presentifica la falta que con tanto esfuerzo tapaba.

Esta generosidad que Melvin demuestra cuidando a Verdell, es uno de los ejemplos que dan cuenta de la característica que reviste el amor en la obsesión. Al igual que el hecho de poner un médico a disposición de Carol y Spencer, y hacerse cargo de las costas para que ella pueda volver al trabajo. El hospedar a Simon cuando finalmente ha perdido todo, como consecuencia del ataque que sufre.

Hay un momento donde Simon se encuentra realmente muy angustiado. Siente que ha perdido todo y para colmo, Verdell se muestra reticente a estar con él. Melvin, en el afán de que su vecino se anime y se sienta mejor, le dice que en realidad Verdell lo prefiere a él no por una cuestión de afecto, sino que él tiene "un truco" para lograrlo. Saca de su bolsillo una bolsita con panceta, y se la da a Simon para que lo intente. Así y todo, Verdell se va con Melvin.

En Melvin el amor está relacionado con la búsqueda de una solución al asunto del deseo, ya que queda un resto de deseo que busca una realización más allá de la división que produce vivir una vida bajo demanda.

El amor para él cobra forma de *lazo exaltado*, y esto se debe a que entiende que lo que uno ama es una cierta imagen de sí. Es consecuencia del fantasma escópico que el amor posea como característica una *idealización extrema*.

Es su fantasma escópico que le da esta característica al amor, estando al servicio de cubrir la falta en el Otro.

Su amor es "erotomaniaco" ya que se cree que se es amado por algo (más que por alguien) que tiende a ser cada vez más universal, más absoluto y se buscan los signos de ese amor. Pero en él es una erotomanía que queda en el plano imaginario.

Escena 22: "La Gran cita".

La primera noche en Baltimore, Carol y Melvin salen a cenar. Cuando van a ingresar al restaurante que habían elegido le dicen a Melvin que debe ingresar con corbata y chaqueta, y le ofrecen un atuendo. Él no acepta esta oferta, porque no dejara que le "introduzcan virus". Deja a Carol en el lugar, sale en busca de chaqueta y corbata. (Llega a la tienda, y al notar que el embaldosado tiene líneas en toda su extensión, no ingresa al lugar. Compra desde la puerta).

Finalmente regresa al restaurante. Se sientan a la mesa, y comienzan la velada:

M: - "No entiendo este lugar. Me hacen comprar un atuendo nuevo y te admiten a ti en bata de casa".

Carol se enfurece con lo que escucha, ya que ella había elegido el mejor vestido que tenía para la ocasión. Se levanta para retirarse del lugar, porque realmente se sintió ofendida. Él le ruega que no se vaya y ella le pide que entonces le diga un cumplido que la haga sentir mejor porque realmente lo necesita, y que lo haga rápido. Luego de varias vueltas, de varios amagues, incluso de ordenar el menú, Melvin deja deslizar la siguiente frase:

M: - Te tengo un gran cumplido. Y es verdad. (...) Tengo esta...dolencia. Mi médico -iba a un psiquiatra- dice que en el cincuenta o sesenta por ciento de los casos, una pastilla ayuda. Odio las pastillas. Es algo muy peligroso. Estoy usando la palabra "odio" al referirme a las pastillas (aclara, para evitar herir nuevamente su susceptibilidad). Mi cumplido es que: la noche que viniste y dijiste que jamás...Bueno ya sabes lo que dijiste. Mi cumplido es que, a la mañana siguiente, empecé a tomar las pastillas.

[Cuando Melvin contrata al Dr. Bettles para que se ocupe de la salud de Spencer, Carol llega hasta su apartamento para aclararle que *jamás* se acostará con él. Y lo afirma con gran tesón].

C: - *¿Y eso que tiene de cumplido?*

M: - *"Tú haces que quiera ser un hombre mejor".*

Luego de escuchar esta declaración, Carol siente que es probablemente el mejor cumplido de su vida. Se sienta junto a él y lo besa. Es el momento de mayor acercamiento entre ambos. Todo parece perfecto, hasta que ella le pregunta por qué decidió llevarla al viaje. Y le afirma que si se lo pide... dirá que sí (hablándole frente a frente, a pocos centímetros de distancia).

Melvin que ha logrado con mucha dificultad y gran esfuerzo remontar la situación, se ve nuevamente "sorprendido". Surge algo del orden del imprevisto que logra descolocarlo una vez más. A estas alturas, está bastante nervioso y comienza a titubear. Es difícil para él, hablar así. Sin embargo, ella insiste en que le diga el motivo:

M: - *"No lo sé... quizá si te se acostabas con Simon... (...) Sólo es una idea".*

Sin retorno, se levante enfurecida y se va, dejándolo solo en la mesa del restaurante.

Aquí observamos que Melvin no está plenamente en nada de lo que pasa. Asesina al deseo al sitiarse al Otro y termina por sitiarse él. Esta es su fortaleza. Su astucia debe ganarle la partida al Otro, asegurarse ante el riesgo de que aquel desee. Ninguna chispa del deseo debe rozarlo y por eso su deseo se vuelve imposible. Su deseo imposible-sitiado: de manera que todo lo que pueda encender el deseo será anulado.

Ante la posición fálica de Carol, al mostrarse ella como deseante, Melvin enfrenta toda suerte de obstáculos para atravesar la barrera de la demanda. Se paraliza ante el deseo de Carol y apunta a lo que llamamos "la destrucción del Otro".

El film permite apreciar como a medida que transcurren las escenas, Melvin logra cierta apertura, a través del lazo social que le permite salir del estado de aislamiento. Rompe por algún lado ese borde cerrado para ir rumbo a lo deseado. Aunque esto se produce no sin un costo para este personaje.

Cuando debe regresar a Verdell con su dueño, luego de que tenerlo implico para él un cambio sustancial en su rutina, Melvin recurre a pedir "socorro" a su terapeuta. El mismo que le diagnostico un trastorno obsesivo-compulsivo. Ante la negativa de este de atenderlo sin turno, Melvin se pregunta "Y si mejor, ya es imposible?". Porque se siente amenazado y convierte su círculo cerrado en estrella (según el estilo Vauban).

Melvin como solitario escritor que solía gozar en sus meditaciones o elucubraciones, con sus pensamientos, satisfacerse en la retórica de sus argumentos, se posiciona ahora de manera diferente. Se observa como debajo de esta "armadura", de esta fortaleza que ostentaba agresividad y control y que lo mantenía aislado, hay un sujeto al que también algo le falta. Y que por lo tanto también desea.

Cuando Melvin deja de lado la impostura de quien todo lo sabe y todo lo puede y asume su falta, Carol accede a su pedido. Al reconocer su falta, su deseo, puede dar al Otro lo que no tiene. Posibilitando que surja el amor. Luego de que Simon lo aliente para ir a buscarla, deja de lado la duda y se decide a ir por ella. Antes de salir, advierte que ha olvidado cerrar la puerta con llave y se sorprende a sí mismo. Tal vez ya no necesite controlar tanto.

En el afán de convencerla, utiliza los siguientes argumentos:

M: "Puede que sea la única persona sobre la tierra que sabe que eres la mujer más maravillosa de la tierra. Puede que sea el único que sabe lo sorprendente que eres y como eres con Spencer. Spence. Y en cada uno de tus pensamientos, como casi siempre opinas algo relacionado con franqueza y bondad. La mayoría no se da cuenta de eso. Me pregunto cómo pueden verte traer comida y recoger la mesa sin darse cuenta jamás de que están ante la mujer más maravillosa. Y el hecho de que yo me doy cuenta me hace sentirme bien...conmigo mismo."

No puede desprenderse de cierta imagen de sí mismo, pero ya se ha instalado el deseo con cierto grado de idealización.

Minutos antes del final, él se anima y la besa... bastante mal. Lo cual es evidente para ambos. Sin embargo, la mira fijamente y le dice que puede hacerlo mejor. Y la besa por segunda vez y esta vez de manera exitosa. La velada continúa, mientras ellos pasean por la ciudad. Sin advertirlo, una vez más, Melvin se halla caminando sobre las líneas de la vereda...

Finalmente, luego de un paseo de madrugada y de varios argumentos, Melvin logra convencerla de que tal vez... no sea *tan imposible* desear o sea, estar en falta donde el goce se acota.

TERCERA PARTE

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

En un primer período de su obra, Freud entiende al síntoma obsesivo como una *formación de compromiso* que surge de la defensa contra representaciones sexuales inconciliables, traumáticas para el sujeto. Freud liga estas representaciones a una actividad sexual precoz por la cual el sujeto se reprocha. En lugar de estas representaciones inconciliables, surgen representaciones obsesivas (pensamientos e ideas) y diferentes formas de reproche sobre representaciones sustitutivas como modalidades de retorno del afecto que se había reprimido.

En un segundo momento, Freud considera el síntoma obsesivo a la luz de la lucha del sujeto contra la sexualidad infantil y los deseos incestuosos. Como así también contra la hostilidad hacia el padre, inherente al conflicto ambivalente surgido de la rivalidad edípica y de su amor hacia él. Según Freud, en la triangulación edípica se juegan dos deseos, en sus dos vertientes (soporte del fantasma del neurótico): el incesto y el parricidio. El padre tiene un papel fundamental, en tanto que al prohibir el incesto opera como agente de la castración. Sin embargo el sujeto mantiene con él una relación ambivalente: hostil (rival para sus objetivos) y amorosa (ya que necesita identificarse con él para poder acceder a un sustituto de la madre).

Las figuras del padre prohibidor y del padre de la horda, son fundamentales en las conceptualizaciones freudianas de esta neurosis.

Por último, en un tercer momento de su enseñanza, Freud ubica tanto a la neurosis obsesiva como a la histeria, como defensas frente a la sexualidad propia de la etapa fálica, ante el peligro de la castración. En función del cual surgen distintos tipos de defensa. El síntoma es indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada, resultante del proceso represivo. En el caso específico de la neurosis obsesiva, el síntoma adquiere un valor elevado para el yo, porque le ofrece una satisfacción narcisista de la que estaba privado.

Freud observa dos actividades que el yo realiza en la formación del síntoma. La primera consiste en *anular lo acontecido* (*Ungeschehenachen*) y la segunda en *aislarlo* (*Isolieren*). Por el aislamiento, la vivencia no se olvida pero se la sustrae de su afecto y sus vínculos asociativos son sofocados o suspendidos. Por la anulación retroactiva no solo se intenta hacer desaparecer las consecuencias de un suceso, sino al suceso mismo. Se trata de borrar lo sucedido.

Lacan no hace tanto hincapié en la dimensión del síntoma sino que destaca el *deseo* en la relación del sujeto con el Otro. Sus primeros intentos se basan en mostrar en el obsesivo una de las actitudes que Hegel no desarrolló en su dialéctica del amo y el esclavo. El esclavo se ha evadido ante el riesgo de la muerte, donde le era ofrecida la ocasión de una lucha por puro prestigio. Pero dado que sabe que es mortal, sabe también que el amo puede morir. Entonces, acepta trabajar para él y renunciar al gozo mientras tanto; y espera con incertidumbre el momento en que se producirá la muerte del amo.

Lacan afirma que el *aislamiento* característico del obsesivo, se destaca en el nacimiento del síntoma. Y estrecha el interés por la función de la causa, en el campo del síntoma. Localiza la función del objeto *a*, en tanto que revela funcionar en los primeros datos del síntoma en la dimensión de la causa.

Lacan destaca como fundamental para entender la obsesión, describirla como un modo de *ofrecerse como aval de la consistencia del Otro*. Por eso hay una identificación a un falo imaginario en su función de establecer un orden total, una equivalencia general, que el obsesivo emplea contra el goce que había introducido ese mismo significante fálico. El obsesivo con su defensa, intenta construir un Otro sin barrar y fantasea con el orden de tener el falo. Busca ser reconocido en el campo del Otro (aval del Otro en otra parte), porque se da cuenta que el Otro esta barrado.

¿En qué logra apoyar el obsesivo su deseo? Lo que ocupa ese lugar y función es un objeto que siempre es reductible al significante "falo". Cuando hacemos referencia al falo en la dialéctica del obsesivo, podemos situar tanto

el rol que juega en él, el goce masturbatorio, como también el goce de sus pensamientos, deleitarse en sus meditaciones o elucubraciones.

Antes de introducir su noción de síntoma, Lacan habla de su teoría del narcisismo, el estadio del espejo, su concepto de agresividad. Nociones vinculadas al campo de lo imaginario y lo especular. La descripción de la obsesión sonaba ya un poco a la cuestión del "aislamiento".

En este contexto, describe la intención agresiva en la neurosis obsesiva como la característica propia de la situación narcisística, según su frágil e ilusoria unidad total. La agresividad se atribuye a la defensa como conjunto cerrado. El obsesivo construye una fortaleza que lo protege al precio de aislarlo.

El término de "conjunto cerrado" remite a la idea vinculada al narcisismo y como este es algo que se infla. El narcisismo tiene una función de jaula.

El obsesivo monta la escena de la voltereta, pero se desdobra: está en la escena donde rivaliza, compite con el otro y a al mismo tiempo, está en el palco junto al Otro que lo considera.

El aislamiento constituye en el síntoma el núcleo de la neurosis obsesiva. El desdoblamiento del yo del obsesivo, es lo más útil para pensar la conciencia propiamente dicha, la conciencia de sí, es decir, la autoconciencia.

Esta estructura evidencia el estilo de hazaña o de proeza en el obsesivo, como significativa clave de sus realizaciones y el detalle del modo en que imagina o realiza esas proezas.

Desde la perspectiva freudiana, para la obsesión adquiere una prevalencia importante un goce que se reconoce como anal y que es del orden de una pulsión parcial. La fase anal-sádica es la que tiene mayor relevancia para la obsesión. Todo pasa a ser una problemática retentiva ó expulsiva. Esto se relaciona con curiosidades visuales y eróticas, con una prevalencia de la

mirada. Son dos satisfacciones pulsionales que Freud menciona para la obsesión, aunque la construcción de los rasgos obsesivos los asentó en lo anal.

La organización genital de la libido resulta ser endeble y poco resistente, y cuando el yo inicia su defensa, rechaza la organización genital (fase fálica), y se produce una *regresión* hacia el estadio anterior, *sádico-anal*.

El complejo de castración es el motor de la defensa, y el propósito del complejo de Edipo es aquello sobre lo cual recae dicha defensa. Debido a esta modalidad regresiva, el superyó se vuelve extremadamente severo y desamorado. Éste se forma severísimo y se proscribía la tentación a continuar con el onanismo de la primera infancia, que se apuntala ahora en representaciones regresivas (sádico-anales), a pesar de lo cual sigue representando la organización fálica.

Lacan considera que en la neurosis obsesiva hallamos un predominio de la *pulsión escópica* (cuyo objeto es la mirada), y de la *pulsión invocante* (cuyo objeto es la voz) que en esta estructura está representado por el Superyó feroz. Ambas pulsiones tienen que ver con el circuito del Deseo.

El obsesivo utiliza el artificio de la nuliubicidad. Se encuentra con un límite y un efecto rebote, ya que al no estar en ningún lado del deseo lo lleva a una obediencia ciega e incondicional al Otro que cada vez se vuelve más voraz. Sometiéndose, como expresa la Dra. Marta Gerez Ambertín "al comando insensato del superyó".

Al querer hacer del yo su fortaleza, el obsesivo termina cediendo al asedio pulsional mediante el reforzamiento de la prohibición, y allí toma su revancha el superyó. El sujeto queda a merced de una severidad despiadada donde halla satisfacción el goce sádico hacia el Otro que vuelca contra sí, de manera masoquista, en la vertiente del superyó. Lo que hizo para preservarse de lo reprimido (incesto y parricidio), termina instándolo a formaciones reactivas que, mientras más severas en sus imposiciones, más lo acercan a

aquello de lo que quiere escapar. Queda acorralado en el cerco del goce superyoico que exige más y más renunciaciones y donde se inmiscuye una insólita y solapada satisfacción pulsional.

A partir de la nominación "*La neurosis obsesiva y su armadura*" se pretende dar cuenta a través de los relatos y las viñetas de la película "Mejor... Imposible" de cómo fue necesario que Melvin Udall (personaje principal), comenzara a introducir algún tipo de ruptura en su "coraza". De esta fortaleza que lo protegía del deseo enigmático del Otro, al punto de aislarlo. Y cómo esto fue posible a través del lazo social con otros sujetos, especialmente con Carol, Simon y Frank que le acotan el goce.

Para que el obsesivo pueda salir del estado de aislamiento, es necesario perturbar su defensa, la coraza del carácter que lo protege frente al goce, su "unidad soñada". Este tratamiento del goce, llevaba al personaje de Melvin a un empobrecimiento subjetivo por la inhibición, la rigidez y la fijeza que lo caracterizaba.

Lacan enfatiza la relación íntima que tiene la neurosis obsesiva con el campo de lo escópico.

Define a la pulsión como "el eco en el cuerpo del hecho que hay un decir. Y afirma que, para que este decir resuene, consuene, es necesario que el cuerpo sea sensible a ello, y de hecho, lo es. El cuerpo tiene orificios, entre los cuales, se destaca la oreja, porque no puede taponearse, clausurarse, cerrarse. Responde por esta vía en el cuerpo, la voz."

Afirma sin embargo que no está sola la oreja, y que la mirada compite notablemente con ella. Resulta realmente muy difícil, apartar al obsesivo del dominio de la mirada.

El obsesivo privilegia la dimensión escópica, produciendo una singular nominación imaginaria que opera como cuarto redondel de cuerda, su *sinthome*, que mantiene unidos a los tres registros al costo

del aislamiento, la petrificación y la mortificación que lo caracterizan en su rigidez.

Dentro de las neurosis, la neurosis obsesiva es la que logra la consistencia defensiva más rígida. Lacan destaca la importancia de la conciencia escópica en el equilibrio obsesivo y por eso recibe el nombre de "*la armadura obsesiva*".

Ya aparece como antecedente de este asunto, la identificación del obsesivo con el amo -"que no puede verse"- que lo observa desde el palco, a quien dirige sus hazañas. Lo cual es congruente con el llamado "goce del espectáculo", así como con la caracterización del yo obsesivo como un "yo fuerte", a partir de las comparaciones con las fortificaciones al estilo Vauban.

Para el obsesivo, aquello que considera que aman es una determinada imagen suya. Al punto tal que se imagina que el otro ya no sabría de que tomarse si esta imagen le faltara.

La defensa del obsesivo es esa conciencia de sí, el estar por fuera de la escena. La conciencia de sí es una especie de panóptico, tiene que ver con el fantasma de omnivigencia (visión de todo) en el que el sujeto deja en la escena una sombra de sí mismo. Como producto de su desdoblamiento.

Designa la posibilidad de complicidad del sujeto consigo mismo y con el Otro que lo observa. El obsesivo colma la falta en el Otro, la satura con su imagen fálica (narcisista) y con la serie de objetos que operan como equivalentes fálicos para colmar la castración en el Otro. Por eso su sinthome específico, es la "armadura obsesiva".

Este modo de suturar la división subjetiva, sostenida en un yo fuerte y el fantasma panóptico, le permite al obsesivo la ilusión de que todo puede ser calculado, evitando las sorpresas. Tal como se observa en la película.

Lo fundamental para comprender la obsesión es entenderla como un modo de ofrecerse como aval de la consistencia del Otro. Por eso hay una identificación a un falo imaginario en su función de establecer un orden total,

una equivalencia general que el obsesivo emplea contra el goce que había introducido ese mismo significante fálico. El obsesivo con su defensa intenta construir Otro sin barrar y fantasea con el orden de poseer el falo. Busca ser reconocido en el campo del Otro (aval del Otro en otra parte). Pero sabe que el Gran Otro está barrado.

El aislamiento se relaciona de forma estrecha con la conciencia de sí, que le permite al obsesivo un modo de "saber hacer con la imagen", que observa desde su posición fantasmática trascendental. En el cual radica su modo defensivo propio. Es aquel que constituye la "armadura obsesiva", es decir, su sinthome específico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Brooks, J.L. (Productor) & Brooks, J.L. (Director). (1997). *Mejor...Imposible*. Estados Unidos: Gracie Films.
- Chemama, R. y Vandermersch, B. (2004) *Diccionario de psicoanálisis* (2da ed, pp. 450-456, 483-487). En Teodoro P. Lecman e Irene Agoff (Trads.). Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Dylan, E. (2007) *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1988) Tótem y tabú. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud*. (2da ed.,Vol. XIII, pp. 1-103). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913 [1912-13]).
- Freud, S. (1990) A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud*. (2da ed.,Vol. X, pp. 119-194). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).
- Freud, S. (1990a) Pulsiones y destinos de pulsión. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud*. (2da ed., Vol. XIV, pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1990b) Inhibición, síntoma y angustia. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud*. (2da ed., Vol. XX, pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926 [1925]).
- Freud, S. (1991) La predisposición a la neurosis obsesiva. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras*

completas: Sigmund Freud. (2da ed., Vol. XII, pp. 329-345). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).

- Freud, S. (2001) Manuscrito K. Las neurosis de defensa. (Un cuento de Navidad). En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud.* (2da ed., Vol. I, pp. 260-266). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896).
- Freud, S. (2001a) Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 52. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud.* (2da ed., Vol. I, pp. 274-280). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896).
- Freud, S. (2001b) Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 79. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud.* (2da ed., Vol. I, pp. 314-315). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1897).
- Freud, S. (2001c) Proyecto de psicología. La compulsión histérica. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud.* (2da ed., Vol. I, pp. 394-397). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1895]).
- Freud, S. (2002) Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud.* (2da ed., Vol. III, pp. 157-184). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896).

- García, D. (2014) *Leer la pulsión*. Conferencia pronunciada en el contexto del IOM (Instituto Oscar Masotta): 13/07/14. Manuscrito no publicado. Mendoza.
- Gerez Ambertin, M. (2003) *Superyó y neurosis obsesiva*. En Gerez Ambertin, M. (Ed.), *Inperativos del superyó* (p. 87-123). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Godoy, C. y Schejtman, F. (2009) *La neurosis obsesiva en el último período de la enseñanza de J. Lacan*. Facultad de Psicología UBA. Secretaría de Investigaciones. Anuario de Investigaciones. Volumen XVI (p.91-95) Recuperado de <http://www.scielo.org.ar/pdf/anuinv/v16/v16a46.pdf>
- Indart, J.C. (2001) *La pirámide obsesiva*. Buenos Aires: Tres Haches.
- Indart, J.C. y otros (2000) *Neurosis obsesiva: compulsión y femineidad*. Argentina: Vigencia.
- Karlen, H. Z. y equipo de trabajo (2012) *Documento sobre el Método de Investigación en Psicoanálisis*. Universidad del Aconcagua, Facultad de Psicología. Instituto de Investigaciones.
- Lacan, J. (1963) Clase 22 del 12 de Junio de 1963. En *Seminario 10: La angustia*. Buenos Aires: Versión Íntegra. Manuscrito inédito.
- Lacan, J. (1985) *El mito individual del neurótico*. En J. A. Miller (Ed.) y D. Rabinovich (Trad.). *Intervenciones y Textos I* (pp. 37-59). Buenos Aires: Manantial. (Trabajo original publicado en 1953).
- Lacan, J. (1992) *El amo castrado*. En J. Granica (Ed.) y E. Berenguer (Trad.). *El Seminario de Jacques Lacan: Libro 17: El*

reverso del psicoanálisis (p. 91-106). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1970).

- Lacan, J. (2001) La dirección de la cura y los principios de su poder. En T. Segovia (Trad.). *Escritos II* (2da ed., p. 565-622). Buenos Aires: Siglo Veintiuno. (Trabajo original publicado en 1958).
- Lacan, J. (2003) La agresividad en psicoanálisis. En T. Segovia (Trad.). *Escritos I* (2da ed., pp. 94-116). Buenos Aires: Siglo Veintiuno. (Trabajo original publicado en 1948).
- Lacan, J. (2003a) El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En T. Segovia (Trad.). *Escritos I* (2da ed., pp. 86-93). Buenos Aires: Siglo Veintiuno. (Trabajo original publicado en 1949).
- Lacan, J. (2003b) Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En T. Segovia (Trad.). *Escritos I* (2da ed., pp. 227-310). Buenos Aires: Siglo Veintiuno. (Trabajo original publicado en 1953).
- Lacan, J. (2003c) El psicoanálisis y su enseñanza. En T. Segovia (Trad.). *Escritos I* (2da ed., pp. 419-440). Buenos Aires: Siglo Veintiuno. (Trabajo original publicado en 1957).
- Lacan, J. (2003d) La presencia real. En J. Granica (Ed.) y E. Berenguer (Trad.). *El Seminario de Jacques Lacan: Libro 8: La transferencia* (1ra ed., pp. 285-298). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1961).
- Lacan, J. (2004) La metáfora paterna. En J. Granica (Ed.) y E. Berenguer (Trad.). *El Seminario de Jacques Lacan: Libro 5: Las*

formaciones del Inconsciente (pp. 165-183). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).

- Lacan, J. (2004b) Los tres tiempos del Edipo II. En J. Granica (Ed.) y E. Berenguer (Trad.). El Seminario de Jacques Lacan: Libro 5: Las formaciones del Inconsciente (pp. 203-240). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).
- Lacan, J. (2004c) Los tres tiempos del Edipo. En J. Granica (Ed.) y E. Berenguer (Trad.). El Seminario de Jacques Lacan: Libro 5: Las formaciones del Inconsciente (pp. 185-202). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).
- Lacan, J. (2004d) El obsesivo y su Deseo. En J. Granica (Ed.) y E. Berenguer (Trad.). El Seminario de Jacques Lacan: Libro 5: Las formaciones del Inconsciente (pp. 413-429). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).
- Lacan, J. (2006) Del uso lógico del sinthome, o Freud con Joyce. En J. Granica (Ed.) y González N. A. (Trad.). El Seminario de Jacques Lacan: Libro 23: El Sinthome (p. 11-26). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original del año 1975).
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (2001) *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lublinsky, A.L. (2014) *Guía para la realización de citas y referencias bibliográficas en psicoanálisis según las normas de la American Psychological Association (A.P.A.): Tercera edición traducida de la sexta en inglés*. Documento de cátedra de Taller de Tesina. Facultad de Psicología, Universidad del Aconcagua. Mendoza.
- Mazzuca, L.; Lombardi, G. y De Lajonquiere, C. (1987) *Curso de psicopatología V. Neurosis obsesiva*. Buenos Aires: Tekne.

- Moliner, M. (1999) Diccionario de uso de español (pp.480, 696-704). Madrid, España: Gredos.
- Montero, I. y León, O.G. (2007) Guía para nombrar los estudios de investigación en Psicología. *International Journal of Clinical and Health Psychology*. Vol. 7, No. 3, pp. 847-862.
- Negri, M.I. (2010) La fuga del deseo. En Torres, M., *Clínica de las neurosis* (143-163). Buenos Aires: Instituto Clínico de Buenos Aires.
- Páramo, M. A. (2012) *Normas para la presentación de citas y referencias bibliográficas según el estilo de la American Psychological Association (APA): Tercera edición traducida de la sexta en inglés*. Documento de cátedra de Taller de Tesina. Facultad de Psicología, Universidad del Aconcagua. Mendoza.
- Torres, M. (2010) La pregunta por la existencia. En Torres, M., *Clínica de las neurosis* (117-142). Buenos Aires: Instituto Clínico de Buenos Aires.